

El Jurado de este Premio estuvo compuesto por Lourdes Ortega Puche, presidenta; Concha López Díaz, Anastasio Paredero Rodríguez, Pura Azorín Zafrilla, y Martín Martí Hernández, secretario.

© Ernesto Tubía

© I. E. S. "José Luis Castillo-Puche"

Edita: I. E. S. "José Luis Castillo-Puche"

Diseño colección: Victoria Carpena

Imprime: Yeclagrífic, s. l.

I.S.B.N: 978-84-945047-0-9

Dep. Legal: MU-58-2016

Corderos

Ernesto Tubía

*A Rebeca Martínez y Jorge De Freitas,
por abrazarme cuando temblaba.*

Bobadilla (Provincia de Logroño¹)

13 de febrero de 1975

Suso golpeó la puerta de la cuadra de Aréjula y pasó al interior con los restos de un pequeño cordero entre los brazos. La sangre del animal goteaba sobre sus botas, tiñendo el cuero de un color ocre y grumoso. Sobre el pelo ralo que le cubría la cabeza se apelmazaban restos de la nevada que caía de forma continuada durante los últimos días, y que había ocultado la villa bajo una crujiente capa blanca. Los ojos inyectados en sangre mostraban furia y desconsuelo a partes iguales. Aquel era el cuarto cordero que perdía en el último mes, a pesar de haber estabulado el rebaño recién llegado el invierno. Demasiado pago a cambio de unos beneficios cada vez más exigüos. Si el visitante nocturno que menguaba la población de sus cuadras seguía cebándose con él, no tendría rebaño que liberar entre los agrestes pastos de la Sierra de la Demanda² cuando llegara la primavera. Aréjula, que en ese preciso instante daba alivio a una de sus reses masajeándole con fuerza las ubres sobre un caldero metálico que rechinaba con cada chorro de leche recibido, dejó su labor sentado bajo su mejor vaca y miró a su amigo con gesto circunspecto.

1. La provincia de La Rioja no obtuvo esa nomenclatura hasta 1980, como paso previo a su constitución como comunidad autónoma uniprovincial en 1982, tras el Estatuto de San Millán.

2. Espacio natural perteneciente a la Cordillera Ibérica, establecida en los límites de las provincias de Burgos, La Rioja y Soria.

—Mal asunto—dijo, mientras espoleaba a la vaca, sacudiéndola un manotazo sobre los cuartos traseros.

Suso dejó caer el cuerpo exánime del cordero sobre el suelo. En el costado del animal, de allí donde con cada movimiento se deslizaban grotescos coágulos de sangre oscura, una enorme dentellada se exhibía orgullosa como causante del deceso animal. Bastian y Atreyu, los dos perros de Aréjula, cuya raza era una imposible sucesión de mestizajes, acudieron al olor de la sangre, olisqueando los restos lanudos del bovino.

—Si todo sigue igual no voy a tener rebaño que liberar en el monte cuando llegue la primavera—sentenció el lastimero pastor.

Aréjula se acercó a él mientras se limpiaba las manos con un trapo que tras cumplir su cometido regresó al hombro del que lo había tomado. Era un hombre fornido, de mirada franca y nariz afilada que lucía una calva absoluta en la que una infinidad de venas azuladas conformaban un complejo entramado de carreteras. Suso sabía que era el hombre que necesitaba a su lado para el plan que en su cabeza había urdido con más prisas que detalles. Hacía casi diez años, Roberta, la mujer de Aréjula, fue devorada por un lobo mientras alimentaba de madrugada las gallinas del corral. Aquella tragedia había convertido a Aréjula en un ser desconfiado y taciturno, que trabajaba de sol a sol sin más aliciente que la caza furtiva con la que menguaba las jaurías lobunas de la región. Una caza sin cuartel que sin embargo no había conseguido liquidar al más aventurero de los lobos, a ese que ante la dureza de los inviernos y la escasez de fauna en la sierra, no dudaba en visitar las cuadras de pueblos como Bobadilla, Matute o Anguiano.

—No sé qué hacer, Suso—admitió Aréjula.

—Ha vuelto a hacerlo. Ha sacado el cordero de la cuadra, lo ha llevado hasta la ribera del río y ahí le ha devorado las

entrañas. El reguero de sangre llegaba hasta el Najerilla³, supongo que habrá acompañado el bocado con tragos frescos, el hijo de puta.

Aréjula se mesó el mentón pensativo, mientras Bastian tiraba del rabo del cordero exangüe, tratando de llevarlo hasta los comederos, el rincón donde tanto él como Atreyu tenían destinado para comer y dormir en el establo. Aréjula apartó a su perro con una suave patada, tomó el cordero con una sola mano y lo arrojó con fuerza al carro donde se hacinaban los desperdicios de la cuadra.

—Créeme Suso, he empleado mis mejores cebos, muchas horas de vigilia y he rodeado el pueblo de cepos capaces de arrancar una pata—dijo Aréjula, solemne—. Y no son pocos los lobos que han caído, no, pero éste es astuto...

—Quizás más que nosotros—le interrumpió su amigo.

Aréjula se encogió de hombros.

—O puede que sean varios—arguyó.

—Tú tienes suerte. Tu establo está en el interior del pueblo y los lobos y las alimañas no se llegan hasta aquí. Pero a nosotros nos está echando abajo el salario. A mí ya son cuatro en un mes, siete en lo que va de año. Y a Telmo y Gabino no les va mejor.

—Demasiado cordero para un solo lobo—razonó Aréjula pasándose la palma de la mano por la calva.

Suso balbució unas palabras ininteligibles, que no tomaron forma en el denso aire que hedía a heces y purín⁴. Las mejillas

3. Afluente del Ebro que nace en la provincia de Brugos y transcurre principalmente en La Rioja, siendo el río de mayor longitud y caudal tras el propio Ebro.

4. Residuo de origen orgánico, como aguas residuales y restos de vegetales, cosechas, concentraciones de animales muertos, comida o excrementos líquidos con capacidad de fermentar, que suele ser empleado como abono en la industria agraria.

le ardían enrojecidas. Aunque su amistad con Aréjula databa de la época en la que ambos eran niños, hacía tiempo que dejaron de tratarse como tales dado el carácter hosco del calvo, por lo que pedirle el favor que estaba a punto de rogarle, no podía infundirle otra cosa que vergüenza.

—Vamos Suso, pide lo que quieras y vete, que aún me quedan labores—le instó Aréjula, recogiendo del suelo el caldero con la leche recién ordeñada.

—¿Cuánto durará la nevada, dos, tres días más? En cuanto la nieve se convierta en lluvia, lo que he planeado ya no podrá cumplirse.

—¿Y cuál es tu idea?—le preguntó, mientras vaciaba el caldero en una lechera metálica de un metro de alto.

—Esta noche hemos quedado en la choza de Telmo, también se va a llegar el sargento Lizarraga. Ahí te podré dar más detalles.

—Si quieres hacerlo antes de que se vaya la nieve supongo que quieres ir al monte, posiblemente a algún llano y dejar cebos a la vista, corderos imagino. Ten en cuenta que tendremos que subir bien alto, en algún valle con altos bien marcados. El plan es tuyo, pero si a alguna idea mía se le da un no por respuesta, yo me voy—le advirtió sin siquiera mirarle a los ojos.

—Por eso quería contar contigo. Gracias.

Suso giró sobre sus pies y comenzó a salir de los establos de Aréjula.

—Suso—le llamó Aréjula mientras se cargaba la lechera al hombro.

—Dime—respondió bajo el umbral de la entrada.

—Si vuelves a decir que he tenido suerte con las visitas de los lobos, ellos no serán lo único que cace en el monte—sentenció con firmeza.

Durante unos breves segundos que se le antojaron como la

más lacerante de las eternidades, Suso dudó si contestar disculpándose o bien dejar que el silencio, viscoso como la miel, respondiera por él. Optó por la segunda y más prudentes de las opciones y abandonó el establo cerrando la puerta a su espalda. La nevada, aunque había aminorado su intensidad seguía tintando de blanco la estampa de Bobadilla. Las pisadas de los vecinos quebraban el manto de nieve que cubría las carreteras, cortadas para todo el tráfico desde hacía tres días. Juan Francisco se encogía de hombros mientras regresaba de su trabajo en la harinera, Leonor tendía la ropa y Fermín, el boticario, acompañaba a Crispulo hasta la consulta. Bien pareciera que nada fuera de lo común ocurría. Sin embargo, la visita de Suso a Millán Aréjula Santolaya había supuesto el primer paso de la más cacareada y terrorífica historia de aquel pequeño pueblo.

Aréjula, protegido por la penumbra del establo y el mugir de las reses, apoyó las manos contra la pared y respiró con fuerza, expeliendo pequeñas gotas de saliva que se estrellaban contra la pared de adobe, la única de su casa que continuaban siendo de ese material. A pesar del frío el sudor le manaba con profusión perlándole la calva y empapándole el jersey. La certeza de que el lobo que mató a Roberta hacía ya tiempo que se hubiese podrido, bien de viejo, bien por haber perecido en alguna cacería, era una obviedad. Sin embargo, el saber que pronto afrontaría una nueva cacería le infligía esa sensación a medio camino entre el miedo y la excitación, que únicamente experimentaba cuando se batía en duelo con alguna de las numerosas jaurías que habitualmente comandadas por un viejo macho de lomo gris, menguaban la fauna de corzos y liebres de la región.

El sonido de una puerta cerrándose en la entrada principal de la casa hizo que Aréjula saliera de su estado de abstracción

y volviera a la realidad. Había echado en falta los ronquidos de su hijo emergiendo de la cripta oscura y lóbrega que él llamaba habitación. Algo habitual por otra parte en un joven, que ante la falta de referente materno, se había convertido en un ser solitario, un borracho, el hazmerreír de la región, que paseaba de bar en bar hasta dar con sus huesos en cualquier cuadra durmiendo la borrachera entre excrementos de gallinas y asnos que orinaban sobre él. La muerte de su madre se había producido cuando él apenas acababa de cumplir los quince años, una edad con demasiados temores y dudas como para sazonarla además con una tragedia como esa. En los meses siguientes a la muerte de su madre canalizó la frustración acompañando a su padre en sus innumerables cacerías, en largas noches sembrando cepos entre los robledales, en la satisfacción de desollar las piezas. Pero finalmente la paz y la expiación que alcanzaban a su padre en la caza, no le satisficieron a él del mismo modo, y comenzó a buscar el alivio de la pérdida en las botellas de *DYC* y *Doble V*. Poco a poco la relación entre padre e hijo se fue distanciando, hasta el punto en que apenas cruzaban cuatro palabras en todo el día, salvo los reproches que su padre le profería por su estilo de vida. Román, cuyo parecido con su padre era más que notorio, a pesar de la mala vida no había perdido su musculosa pero afinada complexión física, y al contrario que su padre, sus ojos atentos y sagaces, eran enmarcados por un pelo ensortijado que le caía descuidado sobre la frente, como si fuera un nido de cigüeña.

Cuando Aréjula alcanzó la cocina de la casa, compuesta por una cocina de leña, una nevera y un fregadero donde se hacinaban en una pila desigual, platos, tazones y cubiertos de filo romo, Román, con una mano apoyada en el fregadero, mordisqueaba con calma una manzana. Su padre le miró con desdén, llenó un vaso de agua en la fregadera y lo apuró de

un trago.

—Apesta a alcohol—protestó el padre.

—He bebido esta noche, sí—confirmó su hijo.

Aréjula no respondió a su afirmación. Hacía tiempo que había dado por perdida la batalla con su propio hijo. Muchas veces regresaba a casa hediendo a alcohol, o con morados por todo el cuerpo por alguna pelea en Nájera o Badarán, pueblos cuyos bares solía frecuentar buscando un trago barato, aunque lo que hallaba en numerosas ocasiones era una pelea en la que se le magullaba el ego y los dientes. Tal derrota no impedía empero, que el dolor por ver su fracaso como padre le añadiera una nueva cicatriz al corazón cada vez que le observaba regresar de madrugada a casa con los ojos vidriosos o un nuevo corte o morado. Un corazón demasiado castigado que ya se limitaba a latir por costumbre, porque sabía que debía hacerlo.

—Quizá falte una noche en casa, puede que dos, aún no lo sé.

Román le miró con desaire encogiéndose de hombros, mostrando un total desinterés por las palabras de su padre.

—Creen que un lobo está visitando los rebaños durante la nevada—dijo haciendo caso omiso del desaire de su hijo—. Supongo que quieren ir a los valles y tratar de darle caza aprovechando las ventajas de la nevada.

—¿Y tú no lo crees?—le preguntó Román, mostrando por primera vez en mucho tiempo cierto interés por algo inherente a su propio padre.

Tras una breve duda, el padre negó lentamente con la cabeza.

—¿Un lobo que burla las cercas de los establos, se lleva un cordero hasta la ribera del río, y allí lo devora? No, no lo creo. No sé qué coño es lo que está comiéndose los ahorros de esos pobres diablos, pero dudo mucho que sea un lobo.

—¿Entonces qué es?

Esta vez fue el padre el que se encogió de hombros.

—No lo sé—admitió.

—¿Quiénes estáis en la cacería?

—Suso seguro y Telmo casi. Supongo que Gabino también estará.

—Me gustaría ir pero...—anunció Román, tras devorar de un solo bocado el corazón de la manzana y escupir las semillas sobre la pila de vajilla del fregadero

—¿Y para qué queremos con nosotros a un borracho? Puede que sean unos inútiles o tal vez no, pero al menos no les tiembla el pulso, ni ven doble la mitad del día.

Padre e hijo enfrentaron sus miradas con fuerza, midiendo la determinación de las palabras y las intenciones de cada uno de ellos. Un silencioso duelo que finalizó cuando, consciente de que su padre no cedería, Román pasó furioso al costado de su padre de camino a su habitación, haciendo que los hombros de ambos chocaran en un brusco encontronazo del que ninguno de los dos se quejó.

Aréjula caminó hasta las traseras de la casa y se sentó en una vieja silla de madera, en la que pasó buena parte de su mocedad, incluso años en los que su hijo era poco más que un niño, y bajo la atenta mirada de sus padres corría tras las gallinas que pululaban a sus anchas en el patio trasero. Había algo en aquella historia aún sin iniciar que le erizaba el vello de los brazos y vestía con neblina su horizonte. Una duda más allá de la razón pues no conocía los detalles de aquello que debía acaecer, y que sin embargo ya le parecía una mala idea. Una idea pésima en la que sin duda él se vería involucrado. Hacía años que se había jurado que haría cualquier cosa por aniquilar a todos y cada uno de los lobos de la región, y si el plan que hubiera urdido Suso le permitía continuar con tal cometido,

lo daría por bueno por muy desconcertante que resultara.

Cumpliendo el ritual de cada borrachera, los cuartillos de la habitación de Román se cerraron y a poco, unos ronquidos estrepitosos inundaron la casa. Aréjula se sintió aliviado de que su férrea determinación a que Román no les acompañara hubiera sido admitida en silencio por su hijo. No lo había hecho por los motivos que le había escupido en forma de reproche. En realidad y aunque su relación distara de ser la típica entre padre e hijo, y cualquier gesto de cariño anidara entre la bruma de los recuerdos devorados por el olvido, amaba a su hijo, por lo que era, y porque representaba el recuerdo vivo de la mujer que ya no lo estaba. No, si tras la muerte de Roberta ya tuvo que huir del deseo de acompañarla durante demasiado tiempo, la muerte de su hijo podría hacer que finalmente apretara el gatillo de su escopeta. Al pensar en esa probabilidad el sabor metálico y gélido del cañón, que no en pocas ocasiones anidó en su boca, volvió a hacerle rechinar los dientes. Demasiadas veces había sacado el extremo de la escopeta acariciándole los dientes con la vergüenza tanto por el acto en sí, como por no haber sido capaz de culminarlo apretando el gatillo. No podría soportarlo una vez más. Estaba convencido de que la próxima ocasión en la que el cañón acariciara el puente de su paladar, sería para poner fin a una vida de apenas cuatro décadas y media, en la que había vivido más noches de lágrimas que atardeceres de ilusión. Aréjula sacó el paquete de Ducados del bolsillo, se llevó un cigarrillo a los labios y lo prendió con calma tras encender su mechero de gasolina. La primera calada le llevó un aroma a combustible, áspero como la lengua de un gato. Exhaló el humo en un perfecto círculo que no tardó en dispersarse. La nevada dio unos minutos de tregua, e incluso el sol se tomó unos segundos para aparecer tímido entre las nubes, como disculpándose por permitir la tormenta que había

incomunicado todas y cada una de las pequeñas localidades de la comarca del Najerilla. Una nevada que por otra parte, les otorgaba una oportunidad única para la caza.

Tal y como Suso había previsto, cuando Aréjula se acercó a la rústica choza de Telmo en el barrio de las bodegas, al desolado ganadero le acompañaban tanto Gabino y Telmo, como el sargento Lizarraga, que presumiblemente, aprovechando las horas de tregua concedidas por el temporal había pasado andando desde Baños de Río Tobía, lugar donde se encontraba el único cuartel de la Guardia Civil desde Nájera. Sobre el fuego del hogar y ajado del cremajillo⁵, un puchero de sopa hervía con lentitud, elevando y engullendo una cebolla, varios pimientos y otras tantas zanahorias. Catalina, la mujer de Telmo, giraba las verduras con un enorme cucharón de madera. Al ver aparecer a Aréjula sonrió y comenzó a llenar unos rudimentarios cuencos de barro con la sopa. Su esposo los iba recogiendo y repartiendo entre los asistentes al conciliábulo. Un grupo de hombres a los que el temor se les adivinaba en una mueca contrariada y temerosa. Un gesto que se alivió al ver aparecer a Aréjula, al que todos allí conocían por sus artes, legales o no, en la caza de cualquier animal, lobos incluidos.

—Gracias por venir—dijo Catalina, mientras entregaba el último de los cuencos a su marido, y él lo posaba sobre el hueco en la mesa destinado a Aréjula.—Buenas noches—saludó él.

Aréjula se sentó en el lugar que le habían dejado libre a la mesa, y recibió el saludo de los presentes, incluido el del sargento Lizarraga, que amistoso le palmeó el hombro con delicadeza. Al contrario que el resto de presentes, cuya edad se encontraba a medio camino entre la cuarta y la quinta década

5. Localismo. Gancho metálico aferrado a una barra en mitad de las chimeneas, que se empleaba antaño para colgar el puchero y que tuviera contacto con el fuego, pero no con las brasas.

de edad, el sargento de la benemérita era un hombre de casi setenta años, que se negaba a dejar el cuerpo para no perder parte del poder que ejercía sobre el pueblo llano de la zona, ni los parabienes de los señoritos. Se trataba de un hombre corpulento, de pelo ralo y ahuecado, cuyos mechones parecían rodadas de tractor sobre un suelo mojado. No se le conocía ropa de calle y únicamente se desprendía de la capa y el tricordio cuando se encontraba a cubierto y en compañía de quien pudiera considerar como personas de confianza.

—Me hablaba tu gente del tema del lobo—dijo el sargento tras beber un poco de sopa que le escaldó los labios.

—O lobos—puntualizó Gabino, que iba a beber un sorbo, pero tras comprobar lo sucedido al Guardia Civil optó por posar de nuevo el cuenco sobre la mesa.

Sin responder a ninguno de ellos Aréjula tomó el cuenco con ambas manos, lo giró suavemente en el interior de las palmas y bebió un pequeño trago. Quemaba, pero era soportable y el sabor que habían posado sobre el líquido las verduras empleadas como condimento, resultaba reconfortante. Al verle dar el trago, el sargento trató de imitar su gesto, consiguiendo únicamente volver a quemarse el labio.

—¿Y cuál es el plan, si puede saberse?—preguntó Aréjula, antes de dar un nuevo y silencioso sorbo a la sopa.

Telmo ocupó su lugar en la mesa e ignorando al resto de presentes, habló mirando fijamente a Aréjula. Se comportaba como si la realización o no del plan, dependiera única, exclusivamente de lo que él opinara al respecto, sin importar lo que dijeran el resto de asistentes a la reunión.

—Estamos todos de acuerdo en que a la nevada sólo le quedan un par de días, tres como mucho, y tenemos que tener suerte si la nevada no se convierte en lluvia y echa a la pocilga todo lo planeado—razonó Telmo, ante los ademanes

afirmativos de cabeza del resto de presentes—. Creo que podemos cazar al lobo...

—O lobos—volvió a matizar Gabino, interrumpiendo a Telmo.

—O lobos—le concedió—. El caso es que podemos llevar varios corderos al monte, a un llano y tomar posición entre los robledales. El lobo o los lobos que se acerquen a los corderos serán visibles y vulnerables desde el momento en que dejen atrás los matorrales. Además ahora contamos con por lo menos dos palmos de nieve en el monte, medio metro en algunos llanos, como en el valle del Tejo⁶. La torpeza de tener que avanzar entre la nieve hará que la caza sea aún más sencilla—finalizó con decisión.

Aréjula se tomó unos segundos para escrutar la mirada de todos los presentes. La sopa de los cuencos había aliviado su temperatura y la mayoría de ellos bebían con sonoros sorbos, siendo ellos los que esperaban el dictamen del más experimentado de los allí congregados.

—No podemos permitirnos seguir perdiendo rebaño—dijo Catalina, que observaba la secuencia desde un discreto segundo plano.

Ella y Suso tenían dos hijos, Jorge y Rebeca, que estudiaban en una universidad zaragozana. Cada céntimo que salía, bien del ganado, bien de las ingratas tierras que labraban con denodada paciencia, se destinaba al estudio de ambos, para que así algún día lograsen disfrutar de las comodidades que ellos no habían tenido. Su temor le resultaba comprensible a un hombre que lo hubiera dado todo por volver atrás, y tener tanto una mujer preocupada, como un hijo universitario que

6. Árbol milenario situado en los límites de Anguiano de 6,5 metros de rollo, que crece aislado en un risco aferrado a la montaña, lo que le ha permitido su longevidad convirtiéndole en el árbol de mayor edad de La Rioja.

trabajara para alguna de las importantes empresas que empezaban a localizarse en Logroño, más allá quizá.

—A veces lo más sencillo puede resultar lo más eficaz— aseveró Aréjula, asintiendo con la cabeza—. Para cazarle tenemos que llegar hasta el valle del Tejo como has dicho, pero no podemos llegar con un coche, ni siquiera con uno de los de la Guardia Civil—matizó.

—Podemos subir con una carreta—contestó Telmo—. Hace un par de meses le compré un percherón de dos años a Jonás, el altuzarreño⁷. Tiene unos cojones que no veas, nos lleva en menos de cinco horas.

—Tenemos que salir temprano—asintió Gabino.

—Esperaremos tanto como sea necesario—continuó Aréjula—. Dejaremos los corderos en el centro del valle y nos ocultaremos en los robledales. Desde allí esperaremos, una hora, dos, tres, las que hagan falta, aunque tengamos que pasar la noche...

—¿La noche?—preguntó el sargento, confundido.

—La noche—corroboró Aréjula—. Llevaremos candiles de queroseno y los dejaremos encendidos aunque haya luz.

—¿Candiles?—preguntó Suso—. Tenemos linternas, y tampoco entiendo por qué tenemos que encenderlos aunque haya luz.

—Los lobos temen la luz artificial, no se acercarían, pero están acostumbrados al fuego, y más si lleva horas encendido y han podido observar que no ocurre nada a su alrededor—razonó con pesadez—. No pienso dar más indicaciones de cómo lo vamos a hacer—sentenció con severidad—, mañana a las seis de la mañana todos frente al Bar Pura y de allí salimos. Coger las escopetas y cartuchos de sobra, aunque si no le acertamos a

7. Gentilicio de los oriundos de Altuzarra, una pequeña población hoy desierta, del Concejo de Ezcaray.

la primera despediros de unos cuantos corderos más. Vosotros poned los corderos del cebo. Hacen falta un par de cosillas más, pero de eso me ocupo yo.

Dicho esto Aréjula se levantó y avanzó hacia la puerta, la abrió y observó como una nueva nevada muy tenue, casi una lluvia espesa, iniciaba su caída. Miró al sargento Lizarrga con desconfianza.

—¿Vendrás, Joseba?—le preguntó con cierto aire de reproche anticipado.

El sargento ni siquiera le miró. Observaba el cuenco vacío que huérfano de contenido descansaba sobre la mesa junto a un vaso de vino.

—Uno ya está viejo para estas mierdas—se defendió—. Además no son asuntos de la benemérita. Un lobo es un lobo, y es cosa de cazadores. Si hubiera sido un tipo cualquiera la cosa hubiera sido diferente—argumentó con poca convicción.

—¡Me cago en la Virgen de Valvanera, Joseba, que somos amigos!—profirió Gabino.

El sargento le miró con dureza señalándole con el índice diestro extendido.

—Gabino, te juro por mi padre que si mentas de nuevo a la Virgen blasfemando, te meto en el cuartel una semana—le espetó—. Puedo...—dudó—, puedo mandaros a uno de mis chicos, a Miguel, es nuevo, de Haro, buena puntería tiene el cabrón.

Aréjula asintió con la cabeza y salió del merendero sintiendo el peso de las miradas sobre los hombros, y el corazón acelerado dentro del pecho. Algo le decía que aunque todos salieran al monte antes de que el sol anunciara un nuevo día, no serían tantos cuando regresaran. Si es que alguno lo hacía.

La luna iluminaba con torpeza los estertores de la noche cuando el grupo de caza se encontró frente al único bar de la localidad. Telmo, que tal y como había prometido se acompañaba de un caballo robusto de color blanco y marrón, con una crin larga y deshilachada, guiaba a su percherón hasta el muro de piedra que rodeaba la entrada a la parroquia de San Juan, donde Suso y Gabino apuraban un carajillo con miel. Algunos vecinos, ociosos gracias a la tormenta que había incomunicado Bobadilla, observaban la salida del grupo desde las ventanas de sus casas o desde el Bar Pura, donde calentaban sus entrañas, bien con generosos tazones de caldo, bien con no menos generosas copas de sol y sombra⁸. Amarró el cordel que coartaba los movimientos del percherón a uno de los pilares del muro de piedra, y se unió a Suso y Gabino, justo en el momento en que la figura de Aréjula emergió entre la oscuridad de la noche, portando un caldero metálico en una mano y cuatro pequeños faroles de queroseno en la otra, amén de su escopeta. Antes de unirse al resto de cazadores se acercó al carro y se asomó al interior. Los cuatro corderos que emplearían como cebo se encontraban en un rincón, retrepados contra la esquina del carromato, como si en ese reducido espacio pudieran esconderse de su cruel destino. Dejó el cubo y los faroles en otra de las esquinas, y avanzó hasta el resto. Telmo y Gabino le recibieron amisto-

8. Bebida alcohólica resultante de la combinación de anís y coñac.

sos, con palmadas en el hombro mientras Suso le extendía un humeante carajillo que Aréjula declinó tomar extendiéndole la palma de la mano abierta. Aréjula vestía pantalones de pana, un abrigo oscuro y un gorro de lana negro que le cubría la calva, fijándose con firmeza a su cabeza. El resto vestían ropa de abrigo similar, aunque salvo Gabino, que cubría su cabeza con una visera de pana a cuadros, el resto llevaban la cabeza al descubierto.

—Mirad—anunció Telmo, señalando hacia el final de la carretera que daba a Baños de río Tobía—, el sargento nos manda a su pimpollo.

Miraron hacia el joven guardia civil que se acercaba a ellos. Apenas era un chiquillo de mejillas sonrosadas y mirada huidiza, que llegaba vistiendo su traje verde con la gorra calada hasta la frente, un rifle balanceándose en la espalda y un revólver de tambor protegido en una cartuchera a modo de cinturón. El suyo era el único rifle, pues el resto portaban del mismo modo que él, escopetas de cañón en paralelo. La diferencia entre ambos residía en el número de disparos que podían realizarse de seguido. Mientras las escopetas de los bobadillejos tan sólo podían realizar dos, el rifle de Miguel podía realizar un mínimo de seis, siete si llevaba ya una bala preparada en la recámara.

—Me cago en Dios, pues vaya mierda de niño nos manda el sargento—protestó Gabino.

—Si tiene buena puntería nos vale—afirmó Suso.

—Buenos días, o noches aún, soy Miguel—se presentó el barbilampiño benemérito.

Todos respondieron al saludo, salvo Aréjula, que según le vio llegar descolgó la escopeta de su hombro y se encaminó hacia el carromato sin mayor dilación. Un comportamiento que los demás tomaron como una orden de premura, que acataron con sumisa obediencia. En el pescante, el asiento principal del

carro, se sentaron Telmo, que guiaba al percherón bautizado como Rucio, y Aréjula. Mientras que en la cama, protegida por cuatro postes y una lona azul que cubría el conjunto, se sentaron Suso, Gabino y el joven Miguel, que tomaron asiento junto a los ovinos y los aperos que habían considerado necesarios para la caza. Tras comprobar que todos se encontraban sentados Telmo espoleó a Rucio que inició con cierto brío la travesía que habría de llevarles hasta los lindes de Anguiano, momento en el cual deberían abandonar el carro y seguir al menos durante cuatro kilómetros campo a través, hasta alcanzar los robledales donde solían esconderse los lobos de la región, y el valle que se enmarcaba en el centro de ellos. Un páramo perfecto para tender la emboscada urdida.

Al poco de abandonar la villa la nieve que cubría la calzada alcanzaba casi medio metro de altura, y el carro avanzaba a merced del paso decidido del caballo, haciendo crujir el manto que hasta el paso de la comitiva, se mostraba imperturbable, sin una sola pisada que quebrara aquella explanada tersa y brillante. Una nevada que con los primeros rayos del sol del nuevo día, resplandecía con tonos fuego que parecían restallar sobre la superficie achicharrando los colores del paisaje, agreste y rural.

—¿Son muy peligrosos?—pregunto Miguel, cuando el silencio al que estaban sometidos en el carromato, le imprimía una sensación de ahogo tal, que el único modo de quebrar el terror fue tratando de iniciar una conversación.

—¿Los lobos?—preguntó Suso.

Miguel asintió con la cabeza.

—Sólo son unos putos perros—aseveró Gabino, antes de encender un Celtas sin boquilla con un mechero de cuerda—. Además sólo es uno—puntualizó.

El amanecer extendía sus dedos por el interior de la carreta

en forma de sinuosos hilos dorados, en los que flotaban los minúsculos restos polvorientos que años de descuido habían acumulado en el interior del dudoso carruaje. Los borregos, que seguían hacinados en una de las esquinas, aterrados, entonaban una balada cadenciosa. Y del caldero metálico que había posado Aréjula en una de las esquinas junto a los faroles, un hedor que inundaba la garganta se extendía cada vez que una de las ruedas de la carreta botaba, y la tapa dejaba durante una breve fracción de segundo de contener el nauseabundo aroma contenido. Miguel, sentado junto a la compuerta trasera, observaba como el camposanto de Bobadilla, erigido en un cerro al final del pueblo, era engullido por el reflejo del sol sobre la nieve. El miedo impreso en sus ojos era esa clase de temor de quien se ve abocado a una aventura que no eligió, que le fue impuesta y cuyo significado aún se le escapa.

—No tengas miedo, zagal—le dijo Gabino, extendiéndole el paquete de Celtas que el joven rechazó con una sonrisa—. Los lobos son perros cobardes que sólo atacan a bichos tontos como las ovejas, y ellos no son mucho más listos.

—¿Nunca han atacado a un hombre?—preguntó Miguel.

Suso y Gabino intercambiaron miradas con recelo.

—En realidad sí que hubo un ataque hace años, a una mujer—dijo Suso, en poco más que un susurro.

—¿Una mujer?—preguntó Miguel, como si en realidad no hubiera creído entender bien las palabras de Gabino.

—La mujer de Aréjula, el tipo calvo del gorro que va delante—afirmó Suso.

Miguel miró hacia la lona que separaba la carreta del asiento de tiro, como si pudiera ver a través de ella al hombre que años atrás había perdido a su mujer entre las fauces de un lobo, y que veía en aquella cacería un acto de redención. Uno más de los muchos que había llevado a cabo desde aquella tragedia.

—Yo no quería venir, estoy muerto de miedo—admitió el joven, con los ojos anegados en lágrimas.

Gabino y Suso no supieron qué decir. Aquel niño suplía la presencia del sargento, en una decisión con la que pretendía expiar la culpa de no acompañarles él mismo.

—Los lobos son más que un perro, muchacho—dijo Aréjula, asomando la cabeza por un corte en la lona—. Son unos seres que la naturaleza ha puesto en la tierra para retar al hombre por haberle robado sus espacios, sus hogares. Puede que sigamos negándoles el terreno, levantando pueblos donde ellos tenían sus moradas, disparando sobre sus cachorros, aniquilándoles. Pero de vez en cuando uno de ellos encuentra la forma de darnos un golpe, uno tan doloroso que no podemos superarlo jamás. Es su manera de recordarnos que aunque nosotros estamos ganándoles la guerra, siempre pueden vencer en pequeñas batallas. Los lobos son los perros de Dios, los que mantienen a raya al ser humano. Los puso en nuestros montes para recordarnos que no todo nos está permitido, que en un momento dado no estamos al frente de los depredadores. ¿Tienes miedo? Bien, eso puede que nos ayude a librar la caza con éxito y que regresemos a casa, si no felices, al menos vivos y con una piel desollada colgando del carro—finalizó antes de volver a cubrir el corte de la lona, y desaparecer de la vista de los tres ocupantes de la cama del carro.

Las palabras cadentes de Aréjula cayeron a plomo en el interior de la carreta, para después descomponerse en un eco sordo que dio paso a un molesto silencio que tan sólo el balido de los corderos quebraba. Ninguno de los tres articuló una palabra más durante todo el trayecto. Gabino observaba como unos restos de hortalizas botaban en el suelo a merced del traqueteo, Suso aspiraba el cigarrillo con fuerza para después exhalar el blanquecino humo, que se estrellaba contra la lona

superior, y Miguel... Miguel sentía aún más miedo que el que le había poseído antes de que Aréjula hubiera dictado sentencia sobre los perros de Dios.

—¿De verdad piensas que los lobos están por encima del hombre, que son mejores cazadores que nosotros?—preguntó Telmo a Aréjula, después de haber escuchado las palabras que su compañero de viaje había dedicado a los ocupantes del interior del carro.

El sol ya se asomaba por encima de los montes, formando un sinfín de alargadas sombras, afiladas como garras, al estrellar sus rayos luminosos sobre las numerosas choperas que guiaban a ambos lados la carretera. Unos chopos, que por la copiosa nevada, servían como balizas para indicar los márgenes de la carretera y los quebrados giros que daba en su trayecto hasta Anguiano. Aréjula se quitó el gorro y lo sumergió en el bolsillo de su chaquetón. Su calva, al igual que la nieve, resplandecía al sol. Se pasó la mano por ella como si tuviera una frondosa mata de pelo que poner en orden.

—Desde luego—asintió

—No estoy de acuerdo, somos más inteligentes y tenemos escopetas—respondió Telmo de inmediato, argumentando su respuesta.

—Puede que matase al lobo que devoró a Roberta. Maté a tantos lobos en los dos años siguientes que posiblemente uno de ellos fuera el que la atacó—dijo con un palpable poso de amargura en cada una de sus palabras—. Si eso sucedió, si al final encontré al lobo y pude quitarle la vida, ¿cómo quedó la contienda? Él me quitó a mi mujer, hizo que mi hijo se convirtiera en el borracho de la comarca, se llevó mi futuro y el de mi familia por delante, e hizo que mi vida fuera una tortura. Yo le maté. ¿Ahora quién crees que venció a quién?

Aunque Aréjula miraba al frente, Telmo trató de buscar sus

ojos con los suyos, y aunque no lo consiguió, aunque en ningún momento su acompañante dejó de mirar el cada vez más lento avance de Rucio a través de la nieve, hubiera jurado que estaba llorando. Telmo ni siquiera sabía que pudiera hacerlo. En todos los años desde que le conocía, fecha que databa desde la época infantil en la que su padre llegó a Bobadilla para trabajar en la truchera, jamás había visto una sola lágrima en los ojos de aquel hombre, uno de los pocos al que podía tratar de amigo. Ni siquiera le vio hacerlo durante el sepelio de Roberta, ni en los días que continuaron a los actos fúnebres. En realidad había llegado a pensar que no podía hacerlo.

Cinco horas después de haber salido de Bobadilla, y tras cubrir un trayecto que en circunstancias normales hubiera sido recorrido en menos de treinta minutos, Rucio abandonó la carretera principal a través de un pequeño puente, tres kilómetros antes de que las primeras viviendas de Anguiano esbozaran su contorno delante de ellos. Unos metros más allá la carreta se detuvo junto a la granja porcina de Simón Urquiaga, un vecino del pueblo que había hecho cierto dinero vendiendo sus cochinos a las numerosas empresas cárnicas de Baños de río Tobía. El gruñido de los puercos componía una sinfonía horrisona y ensordecedora. Incluso sonaba ansiosa. Tras descender del carromato Gabino trepó por el muro y miró hacia el interior de la granja.

—Seguro que llevan días sin comer. A saber dónde anda el pelirrojo, pero si no aparece pronto los cerdos se van a devorar entre ellos.

A lo mejor puedo saltar y abrir la trampilla del pienso. Si a Simón le ha pillado la tempestad en Badarán y no puede llegar hasta aquí, cuando se abran las carreteras se va a encontrar una carnicería—continuó.

Aréjula, consciente de que cada supuesto que se formulaba en aquel grupo parecía tener que contar con su beneplácito, asintió con la cabeza y Gabino, tomando impulso con los pies sobre los hombros de Miguel, saltó al interior de la cochinería, haciendo que buena parte de los chillones cochinos enmudecieran.

Al cabo de unos minutos, y cuando el resto ya portaban sobre sus hombros todos los elementos necesarios para la travesía y la caza, Gabino volvió a emerger sobre la tapia saltando al exterior.

—Ya se habían comido un par de lechones—anunció, formando una mueca de repulsión torciendo el labio—. Les he abierto una docena de sacos de pienso y la trampilla de la verdura. Con eso creo que librarán unos días.

Junto al carro descansaba su escopeta, uno de los faroles y una soga que se extendía hasta el sumiso cuello de uno de los corderos. Agarró la carga que le había tocado en suerte y se colocó el último en la hilera que transformó el poco cómodo viaje en carreta, en una travesía a pie por uno de los páramos más inhóspitos de la región. La comitiva la abría Aréjula seguido de Telmo, detrás de ellos, temblando, hundía sus pesadas botas reglamentarias, Miguel. Suso y Gabino cerraban el avance, lento y húmedo, hacia el descenso que el monte abría a un par de kilómetros de donde se encontraban. Un trecho que en cualquier otra ocasión hubiera servido para admirar uno de los más bellos paisajes de La Rioja, y que dadas las circunstancias y la nieve que lo cubría absolutamente todo, podía tornarse en una gélida e impenetrable trampa.

Los escasos dos kilómetros que separaban la granja porcina del claro entre los robledales, donde pensaban perpetrar la emboscada, eran una sucesión de ascensos y descensos por un estrecho camino que la nieve ocultaba. Aréjula abría el camino hundiendo una vara de fresno en la nieve, guiando el paso. Al finalizar el primero de los ascensos, que llevaba desde la granja hasta la ladera del monte, el camino continuaba por la misma ladera, con una caída de no menos de cincuenta metros. Cualquiera traspie, el más mínimo paso en falso gracias a la nieve o resbalón en el hielo que se apelmazaba bajo la misma, podía tener consecuencias fatales. Una simple caída que más allá de poder provocar una muerte rápida, podía hacer que una fractura se convirtiera en la más angustiada de las agonías. Una pierna rota, dada las circunstancias y la distancia a la que se encontraban, podía ser una cruel y lenta condena a muerte que ninguno de los acompañantes podría evitar. Al llegar a ese tramo, un pequeño sendero alisado por el paso de las reses en plena trashumancia, el ya de por sí lento avance del grupo se ralentizó aún más. Cuando alcanzaron, al cabo de más de una hora, el valle de los robledales, Aréjula alzó la mano y detuvo el paso. Pequeños copos de nieve moteaban el aire, livianos, bailando indecisos en una lluvia pausada e intermitente que si bien no suponía un obstáculo más, sí que anunciaba que en breve podía tornarse más copiosa.

—A partir de ahora ni un cigarrillo más—ordenó con un

tono de voz coercitivo—. Debemos liberarnos poco a poco del olor a ser humano—razonó.

Suso era el único de ellos que en aquel instante apuraba un cigarrillo. Lo recogió de los labios con lástima, y tras sujetarlo un instante entre el índice y el pulgar, lo dejó caer en la nieve. La colilla se hundió junto al pie, ahogada en un siseo.

—Ya queda poco—dijo Aréjula, reemprendiendo el paso—. Hasta el recodo del Tejo y descender.

El Tejo, aquel ser milenario que se exhibía como el más anciano de los seres vivos riojanos, se mostraba orgulloso en el saliente de la montaña que le había servido para soportar las talas indiscriminadas y más de un incendio, que a lo largo de mil años se habían sucedido en aquel valle. Desde su privilegiada posición en lo alto del valle oteaba la inmensidad de un páramo tan desolado que hubiera hecho que hasta un fantasma hubiera pensado en mudarse. Al llegar a la altura del árbol, en algún lugar remoto cuyo tañer no llegaba a escucharse, en lo alto de un campanario se anunciaban las dos del mediodía. Aréjula depositó sobre el suelo todo cuanto cargaba, y el resto, aliviados, hicieron lo propio dejando caer todo sobre el recodo del Tejo.

—Comeremos algo rápido y bajaremos—ordenó el líder de la cacería—. Ya queda poco, un descenso de veinte minutos y comenzará la caza.

Suso vació un pequeño petate sobre el suelo, y de su interior emergieron media hogaza de pan con semillas, un par de chorizos y un generoso trozo de lomo, además de una navaja con la serigrafía del logo “Albacete” grabado en el filo junto a la cache de madera. Se sentaron alrededor de las viandas, protegidos por los amplios y frondosos brazos del Tejo, que recogían vigorosos la nieve que continuaba cayendo, y comieron

con cierta ansia. Bien parecían un grupo de reos condenados al garrote vil, que disfrutaban de su última cena. Durante unos minutos sólo los guturales sonidos de la deglución y algún eructo contenido a duras penas, dotaron de cierto sonido a la escena. Cuando al terminar el fugaz almuerzo, comenzaron de nuevo a cargar sobre sus espaldas los elementos necesarios para la caza, Miguel, que seguía tiritando a pesar de que el frío había concedido una moderada tregua, se acercó a Aréjula, que desde un saliente de piedra, afilado como una garra, escrutaba las sombras de los robledales.

—Nunca he cazado nada—admitió el joven con franqueza y vergüenza.

Aréjula le miró de los pies a la cabeza, como si no le hubiera visto nunca, y tuviese que elegir en ese momento si debía o no acompañarles en una aventura que se preveía peligrosa.

—Habrás disparado al menos alguna vez—contestó él, a medio camino entre la pregunta y la afirmación.

Las mejillas del muchacho, consteladas de pecas, enrojecieron hasta tal punto que Aréjula creyó sentir el calor que desprendían.

—No me lo explico. No me explico cómo coño puede entrar alguien a la Guardia Civil sin saber apretar el gatillo de un rifle, o de una pistola—preguntó de forma retórica Aréjula—. El sargento dijo que tenías una puntería endiablada.

El resto de cazadores observaban con recelo la escena, habiendo cargado ya sus hombros y esperando que se iniciara el descenso. Suso, el más gordo de todos ellos, capaz de tener un hambre voraz en la más angustiosa de las situaciones, seguía masticando con calma un trozo de lomo, que viajaba sin dilación de un lado a otro de su boca.

—Mi padre es amigo del teniente Francisco García Hidalgo y bueno...ya sabe—prácticamente se disculpó.

—Y como el sargento Lizarraga, es decir, el amigo Joseba, está hasta los cojones de que le lleguen recomendados al cuartel, se te ha quitado de encima a ver si se te van las ganas de vestirte de verde—añadió Gabino.

—¿El hijo de la gran puta del sargento nos ha endiñado un niñato que no sabe ni disparar?—preguntó Suso.

—Si el blanco no se mueve...—dijo el joven con timidez.

—¡Cagüen Dios, muchacho!—bramó Suso— entonces no te preocupes, si el lobo es cojo te lo dejamos a ti—se jactó.

Suso fue quien inició el descenso, seguido de sus compañeros. Desde el Tejo, un retorcido y abrupto sendero, estrecho como un silbido, descendía entre piedras y follaje en una bajada peligrosa y lenta. En esta ocasión Aréjula cerró la procesión junto a Telmo, que con torpeza, se aferraba a cualquier saliente de las rocas o ramal mínimamente firme, intentando asegurar el equilibrio.

—¿Eres capaz de volver solo hasta el carro?—le preguntó Aréjula, sujetándole del hombro con una mano que tenía la fuerza de una mordaza.

Miguel le miró con dureza. En aquel preciso instante el niño que era fue engullido por la ira, dando paso a un hombre, determinado y recio, tras el que se escondía agazapado el miedoso muchacho que no lograría dejar atrás.

—No soy un cobarde, pertenezco al Cuerpo—afirmó, como si el hecho de pertenecer a la Benemérita le indujera el valor de forma infusa.

—No te he dicho que lo seas—se defendió Aréjula—. Y si soy sincero, me importa bien poco si te pasa algo o no, lo que no quiero es que me pase nada a mí porque no aciertes un disparo, o que sea a mí al que llenes de posta⁹ confundién-

9. proyectiles de un peso superior a 15gr. alojados en un número mayor a uno en el interior de un cartucho. Normalmente son esféricos, aunque existen formas compactas fragmentadas en cinco partes, para ocupar la totalidad del vientre del cartucho y maximizar su poder de alcance y daño.

dome con un lobo.

La frialdad que Miguel había mostrado se hizo añicos por el comentario de Aréjula. Los ojos del guardia, rodeados por unas ojeras azuladas por el insomnio, dudaron si romper a llorar o seguir fingiendo entereza. En el brillo estentóreo de sus pupilas se cristalizaba el arrepentimiento por unas palabras que únicamente había escupido para tratar de romper la imagen de niño endeble que había mostrado hasta ese momento, un momento de furia contenida que le hiciera meritorio de la avezada compañía de hombres como Aréjula, un tipo que no solo había despreciado su vida, sino que además había manifestado que representaba una seria amenaza para el resto de cazadores.

—¡Vete de aquí, regresa al carro y tápate con la lona!—le ordenó.

Suso, Telmo y Gabino les observaban inquietos, dudando si entrar o no en una conversación que avanzaba sobre ruedas cuadradas. La nevada, que aparecía y se disipaba con márgenes de apenas cinco o diez minutos, había disminuido hasta convertirse en apenas una estampa navideña, con copos detenidos en el aire, sumidos en la atemporalidad de una fotografía en blanco y negro. Miguel y Aréjula seguían mirándose, midiendo su determinación. Una batalla silenciosa en la que sin duda estaba venciendo el ganadero bobadillejo, a juzgar por el modo en que lentamente, tan pausado que ni siquiera parecía un movimiento real, Miguel dejaba caer su mirada sobre la huella que su bota, negra y brillante, había horadado en el frondoso manto que la nevada había posado en aquel lugar.

—Nadie sabrá nunca que has regresado—le prometió Aréjula.

Miguel miró al resto y tanto Suso, como Telmo y Gabino asintieron con la cabeza, haciendo suya la decisión del líder.

—Cuando regresemos con la cabeza del lobo tú serás uno

más—continuó—. Incluso puedes hacerte la foto para que te envidien en el cuartel. Pero créeme, y te lo pido tanto por tu bien como por el nuestro, con tu poco tino con la escopeta o el rifle, eres un peligro para ti mismo y para nosotros—finalizó.

La poca firmeza que le quedaba a Miguel se desmoronó por completo, agachó la cabeza y comenzó a desandar el sendero de pisadas formadas hasta el Tejo. La vergüenza que sentía por su cobardía no era suficiente como para no doblegarse ante el alivio de saber que saldría victorioso de una contienda de la que en ningún momento había deseado formar parte.

Cruzó bajo el milenario árbol y continuó el regreso pisando por el sendero de nieve desgarrada que el avance había dejado tras de sí. Cuando estaba a punto de girar por la primera curva de piedra, que giraría por uno de los numerosos y escarpados recodos de la sierra, viró levemente la cabeza. Lo realizó de tal manera que tanto él, como el resto, pudieran mirarse a la cara, pero sí que lo suficiente empero, como para que sus palabras no les llegaran con nitidez.

—Lo siento, espero que tengáis suerte—dijo antes de girar y perderse de vista.

Los cuatro cazadores restantes permanecieron unos segundos observando como el traje verde del joven miedoso se perdía entre los requiebros del monte. Sus palabras habían dejado un poso de miedo en el ambiente, que hasta ese momento les había pasado inadvertido. Era como si la decisión de Miguel, como si su aterrada huida, les hubiera hecho ver que la empresa que afrontaban no era tan amable y sencilla como habían querido creer hasta entonces. El deseo de acompañar al joven se apareció ante ellos como el fantasma de las navidades pasadas, un ente de dientes afilados y bocado inmisericorde que les masticaba el valor y la seguridad.

—Venga, a lo nuestro—ordenó Aréjula, adelantando al

resto en el descenso hasta el valle.

Poco a poco tanto Suso, como Telmo y Gabino le siguieron sumisos, pero a todos ellos les comenzaba a temblar el pulso, y lo cierto es que el frío no era tan intenso como noches pasadas. De hecho, aunque los dedos les tamborileaban al final de la mano, la espalda les sudaba de forma profusa. Un sudor frío y espeso que nacía del mismo pozo donde nace el miedo. Un pozo de aguas negras que por mucho que se baldee, nunca llega a secarse.

Para cuando quisieron darse cuenta de que el miedo les había abrazado con fuerza ya paseaban por los robledales que cercaban el valle. Ya sentían el silencio de la naturaleza que les observaba sigilosa. Ya era demasiado tarde como para regresar a un lugar seguro. Había llegado el momento de cazar un lobo.

Los corderos que durante todo el trayecto hasta el valle habían hecho alarde de su supina docilidad, parecieron comprender de golpe el rol que les había tocado desempeñar en la trama. Inquietos, giraban sobre el poste que Aréjula había fijado al suelo con la vara que había empleado de bastón durante el viaje. Asustados, los animales optaron por acurrucarse postrados los unos junto a los otros, buscando una sensación de seguridad que no lograban alcanzar. Su balar, un canto quebrado y mísero, era entonado con suavidad por los corderos, como si en un momento de lucidez que hiciera añicos la supuesta estupidez de su especie, hubiesen comprendido que alzar el canto al cielo pudiera adelantar unos acontecimientos que no podían llevar a otra cosa que a su muerte a dentelladas.

—¿Vamos a confiar en que el lobo los vea?—preguntó Telmo, mirando en derredor.

—Esta caza no se debe en lo que el lobo vea o no, probablemente aún esté muy lejos de aquí—anunció Aréjula—. Los lobos cazan con el olfato. Dependemos de lo que huelan.

Abrió la tapa del caldero metálico y un hedor a heces secas y orín se extendió con rapidez, haciendo que Gabino contuviera una dolorosa arcada en mitad de la garganta y Suso se tapase la nariz con la mano.

—¡Cagon San Judas, Aréjula, qué hostias es eso!—exclamó Telmo.

—¡No chilléis, joder!—les ordenó— Que el lobo sordo no es.

Suso extendió el cuello y miró el interior del cubo con repulsa.

—Eso es mierda—anunció como si quedara alguna duda sobre la identidad del contenido del cubo metálico.

—Eso es el modo de eliminar nuestro olor y que el lobo aparezca—asintió Aréjula recogiendo una enorme boñiga del interior del receptáculo, frotándola con fuerza sobre sus mejillas y el pecho—. Esto tapara el olor. Es mierda de vaca, todos vosotros estáis todo el puto día entre mierda de oveja, no creo que huela mucho mejor.

—No huele tan mal, te lo juro por la pocha de mi madre—replicó Gabino, después de recoger un trozo de heces, restregándose por debajo de las axilas.

—Pásalo con fuerza por ahí—le dijo Telmo, observando como Gabino dejaba restos de las heces por debajo de las axilas—. Por mucha mierda que te dejes en los sobacos, va a oler bastante mejor que de costumbre.

Suso y Telmo contuvieron una carcajada ahogada, mientras Gabino tiraba un trozo de boñiga a Suso y Aréjula negaba con la cabeza, sin evitar que una sonrisa cómplice curvara la comisura de sus labios. Era un gesto tan poco acostumbrado a anidar en sus labios que el mohín parecía impostado, como si las facciones de su rostro temblaran sin saber hasta qué punto forzar la mueca.

—Encended cada uno un candil—ordenó—. Importa menos el que se puedan quedar sin queroseno, que el que un lobo vea cómo una llama se enciende de golpe en la oscuridad. Dejar colgado el candil a unos metros del puesto que os toque, y sólo lo usaremos cuando yo dé una señal de control. La señal será subir y bajar dos veces la llama, nada más. Si uno de los cuatro no repite la señal será porque haya visto al lobo, y el

resto, sin salir de los robledales, nos acercaremos hasta ese lugar.

Todos asentían cada una de las palabras de Aréjula, mientras prendían la húmeda mecha de sus pequeños faroles.

—Y ahora a esperar a que el lobo aparezca—recitó Telmo, dejando caer al suelo la boñiga con la que se había impregnado la ropa.

—No—negó Aréjula—. Ahora al igual que nosotros hemos eliminado nuestro olor para evitar que nos huela, tenemos que crear el olor que más le gusta, el que hace que sus fauces saliven y sienta el deseo de desgarrar carne a dentelladas.

—¿Y qué olor es?

No había terminado de formular la pregunta y Telmo ya comprendió a qué se refería Aréjula, y cuál era el olor que más rápido podía reclamar la presencia de la anhelada presa. El calvo recogió uno de los corderos, lo levantó en el aire agarrándolo por el cuello, sacó una navaja con el filo de más de un palmo y tajo a los dos lados y la hundió con fuerza en el vientre del cordero que aulló en un llanto quebrado por el dolor. Las tripas del animal cayeron sobre la nieve acompañadas de un repiqueteo sanguinolento. Después agitó el cuerpo ya exánime del cordero, y una lluvia grana bañó al resto de corderos que se agitaban nerviosos, creyendo que podían correr la misma suerte que su compañero de rebaño. Tras regar al resto de corderos con la sangre y las vísceras del ya exangüe, dejó caer el cuerpo sobre la nieve. La estampa dibujada sobre el blanco, con las vísceras repartidas desigualmente por el suelo y los corderos teñidos de rojo, era un espectáculo macabro más propio de un ritual pagano, que de una jornada de caza, por muy furtiva y desesperada que fuese.

—Y ahora: Norte, Sur, Este y Oeste. Tan sencillo como eso—dictó Aréjula, recogiendo del suelo su candil y la escopeta, antes de salir hacia uno de los puntos cardinales sin mayor espera.

El resto, tras tratar de ordenar el punto que cada uno de ellos debía tomar en silencio, optaron por salir raudos hacia ellos, dejando que el azar dictara la posición en los mismos. Pasados menos de dos minutos los candiles, colgados en la entrada del bosquecillo que rodeaba el valle, con las cuatro llamas contenidas tras unos amarillentos cristales, dictaban su posición. Suso y Telmo se apostaban detrás de sendos robles quejigos de tronco ancho y ramaje bajo, al que poder encaramarse con rapidez en caso de peligro. Gabino se escondía detrás de una enorme roca de lomo liso, sobre la que se subía de vez en cuando con la culata de la escopeta clavada en el hombro, deseando ver aparecer ese lobo que permitiera aliviar la carga de los cartuchos. Aréjula sin embargo se había sentado bajo el candil, con la espalda en el tronco del primero de los árboles, tan inmóvil que a pesar de estar en primera línea parecía invisible. Incluso parecía haber dejado de respirar, pues el vaho que debía emanar el aire exhalado, bien fuera por boca o nariz, había desaparecido. La nieve que caía lentamente, muy pausadamente, se iba posando sobre él, sentado con las piernas cruzadas y la escopeta sobre ellas. Una de las manos, la diestra, sujetaba el extremo más alejado del cañón. La zurda sin embargo calentaba el gatillo, con el pulgar situado por encima del percutor y el índice rodeando el gatillo. No había pasado ni cinco minutos desde que tomara esa posición cuando una ardilla, de piel parda y cola gris, descendió hábil por el tronco, correteó de la cabeza calva de Aréjula hasta los hombros, miró con curiosidad a los corderos que seguían agitados en mitad del claro, e inmediatamente regresó a la altura y seguridad de las ramas más altas del árbol. Aquella ardilla ni siquiera fue consciente de que había estado caminando por encima de un ser humano. Probablemente porque en aquel momento Aréjula había dejado de serlo. Únicamente era instinto. Algo tan primitivo e irracional como instinto.

La manecilla del minuterero agotaba el giro una y otra vez sin que el lobo se dejara ver. Quizá el instinto del que se alimenta esa clase de animales, habituados a rivalizar con el hombre en un combate meramente desigual, le hubiera susurrado que ese no era el día, que el olor de la sangre y el movimiento de los corderos en el valle no habrían de traerle sino una cruel condena. Incluso puede que su olfato, principal arma, más necesaria incluso que sus afiladas garras o su opresora mandíbula, hubiera sido capaz de desenmascarar el perfume a ser humano que se protegía por detrás de las boñigas de vaca y la sangre de cordero. No eran pocos los pastores que se lanzaban a los montes para tratar de dar caza al más prolífico de los depredadores de la sierra. No eran pocos los lobos que se habían cazado en aquellos páramos, como tampoco llegaban los dedos para contar los disgustos que habían dado dichos lobos en los pueblos de la región. En Bobadilla aún se recordaba con lágrimas y congoja la muerte de Roberta, la mujer de Aréjula, pero no había sido históricamente la única víctima del ataque de un lobo. Dos cazadores de Matute, que menguaban la familia de corzos a base de ceptos, fueron atacados por un lobo allí por el cincuenta y uno. No se les encontró hasta una semana después. Y cuando se produjo el hallazgo apenas eran dos madejas de víscera y hueso, maltratadas por el clima y los carroñeros.

Del mismo modo, al hermano José Antonio, uno de los

monjes que retornaron la actividad religiosa del monasterio de Valvanera¹⁰ tras décadas de desuso por la desamortización de Mendizábal¹¹, fue devorado mientras recogía agua de un riachuelo cercano. Durante las décadas que duró el abandono del lugar, los lobos habían campado a sus anchas por sus caminos, y buscado el resguardo del porche que guiaba uno de los laterales del monasterio. El ataque al hermano José Antonio Salinero, que había viajado desde Hoyales de Roa, un pequeño pueblo burgalés, para retirarse en soledad y silencio, fue el modo que tuvieron los lobos de protestar de que nuevamente el hombre le privara de su entorno. Probablemente hubo otras muertes, otros ataques, pero fueron disfrazadas por el desconocimiento y aducidas a desapariciones, huidas o cualquier otra excusa menos dolorosa que la muerte.

El caso es que el lobo no aparecía, los corderos seguían entonando su balar desde el centro del valle, el sol había iniciado su descenso, y el miedo a la oscuridad comenzaba a velar la seguridad de todos y cada uno de los hombres que aguardaban el momento de apretar el gatillo. Bueno...puede que quizá de todos no.

El cielo se inundó de tonos cárdenos precediendo la inminente oscuridad. La luna llena, hermosa y presumida, había conquistado el cielo y se dejaba ver orgullosa, entre el único claro que mostraba una amalgama de nubes gordas como una madrastra de cuento de hadas. Mientras que el sol, herido de muerte, aceptaba su derrota, no sin antes dejar sus estertores diarios en forma de tornos violáceos que restallaban sobre las

10. El Monasterio de Valvanera se encuentra en el término municipal de Anguiano, en uno de los valles de la Sierra de la Demanda a 1.000 m.s.n.m., rodeado de bosques junto a las cimas del San Lorenzo.

11. Expropiación forzosa y mediante una subasta pública de las tierras y bienes de los organismos eclesiásticos del clero regular, provenientes de donaciones, testamentos o tierras comunales, llevada a cabo en 1836.

nubes, dotando al entorno de un aura fantasmagórica. El bisbiseo de la nieve cayendo con suavidad en un lento y sinuoso goteo, y el ulular de un búho componían la enigmática banda sonora de la escena.

A punto estaba de anunciar su rendición ante tan exasperante espera Gabino, cuyo estómago rugía de tal modo que bien hubieran podido el resto confundirlo con el lobo, cuando observó un movimiento frente a él, cerca de la posición de Telmo. Agarró la escopeta con ambas manos, se tendió sobre el suelo hundiendo su corpachón en la nieve y apuntó con determinación hacia el movimiento de la maleza. Suponía que el resto de cazadores, sus amigos, en esos momentos estarían esperando del mismo modo que él, escopeta en mano. Sin embargo, podía ver perfectamente a Aréjula, sentado tranquilo en los albores del llano, prácticamente cubierto por la nieve de la que no se había despojado en ningún instante. De hecho, en todas las horas que había durado la vigía no había realizado un solo movimiento. Ni siquiera en ese instante, en el que el movimiento del follaje anunciaba al fin una visita animal, movía las manos que protegían las partes fundamentales de la escopeta; a saber, el cañón por donde asirla y el gatillo por el que dispararla. Incluso dudó durante unos breves segundos que estuviera muerto, que la nieve que formaba una graciosa colina sobre la calva, le hubiera congelado, helándole el aliento.

Poco tiempo más tuvo para discurrir sobre esa posibilidad, el lobo, con la cabeza gacha y el lomo levemente curvado hacia abajo, dejó atrás el matorral y comenzó a avanzar muy lentamente por el claro. Su pelaje, anaranjado como las brasas antes de ser fávila, resplandecía con el cada vez más argénteo relumbre de la luna. Avanzaba tan despacio que podía haber disparado en ese mismo instante, pero la línea de fuego más allá

de la posición del lobo alcanzaba el lugar donde se escondía Telmo. La posta que excediera del menudo cuerpo del lobo podía alcanzar a su amigo, y lo que podía ser un éxito finalizaría en una tragedia si no lograba frenar su carácter, demasiado proclive a la incuria.

—Puto chucho de mierda, tira palante que me voy a hacer un zurrón con tu pellejo—susurró para sus adentros, desoyendo los sonidos que la naturaleza desplegaba a su alrededor.

El lobo continuó su avance implacable, agazapado, con las patas traseras en una constante tensión que le permitiera un arranque súbito y veloz. Cuando apenas se encontraba a unos quince o veinte metros de los corderos prácticamente reptaba dejando una estela desigual y rota en la nieve. Levantó los cuartos traseros, recogió el hocico dejando a la vista las encías y una dentadura afilada y renegrida, e inició el ataque con un ágil salto que le hizo emerger sobre la nieve como si fuera una ballena haciéndolo sobre las mansas aguas de un océano particularmente tranquilo. Sus patas no llegaron a tocar el suelo de nuevo.

Haciendo gala de una compenetración que en ningún momento había sido acordada, tres disparos estallaron en la quietud del ocaso del atardecer, cerca de tres de los candiles que languidecían ajados de las ramas de cuatro robles. Mientras el lobo se agitaba en el aire recibiendo los letales impactos de las postas de los cartuchos disparados, un sinfín de aves obligadas a ser nocturnas, emprendieron un vuelo nervioso e indeciso, dejando siluetas oscuras en el reflejo blanquecino de la luna. El cuerpo se estrelló contra la nieve y en apenas unos segundos sólo un denso olor a pólvora que se extendía por el valle como un rumor en boca de un chismoso, dejaba entrever lo que había sucedido sólo un momento atrás. Las aves huidas no regresarían a los robledales durante el resto de la noche,

por mucho que se recrudeciese la nevada. Un ensordecedor silencio que presagiaba tragedias y lágrimas, masticó el claro con avidez. Los corderos, movidos por el pavor y venciendo a su innata memez, corrieron temblorosos arrancando de cuajo el endeble mástil al que permanecían atados, dudando entre si seguir por el claro o aventurarse en la incierta seguridad de los bosquecillos. Uno de ellos finalmente se introdujo entre los robles, y el resto, haciendo alarde de su supina sumisión, le siguieron balando de tal manera, tan aterrados, que más que corderos parecían un orfeón de ratas condenadas a ser las últimas víctimas de un naufragio.

Suso, convencido de que había suyo el disparo que primero había alcanzado al lobo, corrió presuroso entre la nieve con la escopeta en la mano, escupiendo vítores al viento.

—¡He sido yo, he sido yo!—vociferaba.

—No me jodas, Suso. Con las vueltas que ha dado el peludo en el aire, le ha podido acertar cualquiera—le replicó Telmo, asomando orgulloso al claro, con la escopeta echada sobre el hombro, en un gesto adquirido durante sus tres años de servicio militar en el Sahara.

Caminaron hasta el cuerpo del lobo y tras mirarlo con honda satisfacción miraron hacia donde Aréjula, en ese mismo instante, comenzaba a moverse haciendo que la nieve que se había acumulado sobre su cuerpo, se desprendiera de él en pequeños aludes. En pie golpeó con pequeñas palmadas su escopeta, retirando la nieve que la teñía de blanco. Una vez limpia la posó sobre el suelo apoyándola sobre su pierna derecha, sacó el gorro que llevaba en el bolsillo, y tras pasar en un par de ocasiones la palma de la mano por la calva, cubrió su cabeza con el gorro de lana. Las venas del cuello que le ascendían por la nuca hasta la parte recién cubierta del frío propio de la incipiente noche, se abultaron oscuras, como si

fueran lombrices que le trepasen bajo la piel.

Tras adcentarse a palmadas la ropa recogió el farol que pendía del roble bajo el que se había apoyado, y con la escopeta ajada de su hombro mediante la correa caminó en dirección al lobo caído, sin poder evitar mostrar un notable desagrado formándole un mohín de desconsuelo.

—Algún pastor estará molesto si se entera de que habéis matado a su perro—les espetó al alcanzar su posición.

—¿Pero qué dices, hombre? Al fin hemos cazado al lobo—dijo Suso.

—Mira—le pidió Telmo, mientras aferraba el cuerpo laxo del animal por el cuello y lo levantaba en el aire, como si fuera un preciado trofeo—. No me digas que no es un lobo.

—Es un lobo—admitió Aréjula.

—Hemos jodido al puto lobo—se jactó Telmo.

—Ni de lejos—replicó Aréjula con suficiencia—. Bastian y Atreyu son más feroces y temerarios que este lobo—continuó, comparando al lobo abatido con los dóciles perros que le acompañaban en el día a día de su cuadra. Unos perros holgazanes y desobedientes, que soportaban con nula estoicidad tanto las patadas de las reses como los mordiscos de los puercos.

Suso y Telmo miraron al lobo con detenimiento. A juzgar por el modo con el que examinaban los restos agujereados del animal, parecía que fuera la primera vez que viesan un lobo. Era como si quisieran convencerse de haber dado caza al lobo que amedrentaba a sus rebaños y los menguaba noche a noche. Mientras Telmo continuaba sujetando por el cuello al animal, Suso extendió el brazo, le agarró el hocico y tirando de la piel yerta, dejó a la vista una dentadura de piezas afiladas y blancas, intactas.

—¿De verdad creéis que estas son las fauces de una bestia, de un lobo capaz de introducirse con habilidad en una cuadra,

y arrastrar a un cordero degollado hasta el río. De verdad lo creéis?—preguntó asintiendo con la cabeza.

—No, no lo parece—admitió Telmo, mientras Suso le confirmaba su respuesta con un ademán negativo de cabeza.

Telmo abrió la mano con desprecio y el lobo volvió a caer sobre la silueta que su cuerpo había dejado anteriormente. Suso negaba contrariado, mientras Telmo miraba en derredor, como si fuera a encontrar al lobo que buscaban, ahí, esperando a que repararan en su presencia.

—Podemos olvidarnos de cazar al lobo hoy—admitió Telmo.

—Con la escandalera que han organizado vuestros disparos, seguro—añadió Aréjula.

Aréjula miró hacia donde se ubicaba el farol que correspondía a Gabino, y alzó y descendió el suyo por dos veces, tal y como habían acordado como señal. El candil de su orondo compañero no se movía, el fulgor mortecino de la llama resplandecía inquieto, pero sin moverse de su posición. Aréjula amartilló la escopeta mirando hacia ese lugar. Suso le imitó el gesto en silencio, mientras Telmo optaba por abrir el cañón y sustituir el cartucho que había descerrajado sobre el lobo por uno nuevo. Finalmente, cuando estaban a punto de avanzar con las armas apostadas al hombro en posición de disparo, al fin el candil de Gabino ascendió y descendió dos veces. En los rostros del trío que miraban expectantes desde el centro del claro, se dibujó una tenue sonrisa de alivio al observar el movimiento del farol.

—A que está comiendo. Le he visto esconderse un trozo de tasajo debajo de la chaqueta—advirtió Telmo.

—O cagando—continuó Suso, tratando de restar importancia al asunto.

—¡Nos vamos, Gabino!—chilló Aréjula.

—¿Y no podemos hacer nada hoy?—preguntó Telmo, mientras miraba un cielo en el que los tonos cárdenos habían dado paso a una negrura, sólo quebrada por el espectral resplandor de la luna, que dotaba al monte de cierta claridad.

—Verdes las han segado¹², Telmo. Habrá que esperar unos días, y si el lobo vuelve a atacar, nosotros haremos lo mismo—razonó Aréjula—. Vete a por ese idiota, que nos vamos—le pidió, señalando el candil de nuevo inmóvil de Gabino.

Obediente, Telmo se encaminó al encuentro de Gabino mientras vociferaba su nombre. Suso y Aréjula miraban distraídos los bosquecillos, que cubiertos por la penumbra de la noche recién estrenada, se mostraban como siluetas recortadas sobre horizontes grises y bidimensionales.

En el claro la luz permitía una aceptable visión del entorno. No así en los bosquecillos, donde las sarmentosas ramas de los robles, impedían el paso de la luz de la luna. Cuando Telmo alcanzó la natural frontera que dividía el valle del hierbazal, apenas veía el candil de Gabino unos metros en el interior del bosque. Era como si en lugar de acercarse al escuchar las voces de Aréjula, se hubiera escondido en el interior. Telmo alzó su farol y el candil de Gabino le imitó.

—¡Vamos joder, que te estamos esperando, gordo mierdas!

Telmo tan sólo se introdujo un par de pasos más en el interior del bosquecillo, pero fueron suficientes como para que el resplandor del candil de Gabino iluminara el rostro de quien lo portaba. A sus pies, Gabino con un profundo desgarró en el cuello, hacía ya unos minutos que había dejado de respirar. No había reguero de sangre que brotara de la dolorosa y

12. Dicho popular que hace referencia a una siega del cereal cuando aún está verde y que da por perdida la cosecha. Se emplea para hacer ver que algo no puede remediarse, ni arreglarse.

fatal herida que se le extendía desde la sonrisa hasta el alma, desde la mandíbula hasta el corazón. Sus ojos, otrora verdes y brillantes, se mostraban opacos, velados como la madre que cubre el vino fermentado. Y su mano, laxa, dormía aferrada a la culata de la escopeta que no había sido capaz de armar para protegerse de quien había alzado y descendido el farol, usurpando su posición.

Los ojos de aquel ser se encontraron con los de Telmo. Eran unos ojos rasgados, negros y con un complejo entramado de finísimas venas rojas. Abrió la boca y un sinnúmero de amarillentos y horribles dientes aparecieron entre un reguero de líquido viscoso, en el que se mezclaban bilis y sangre a partes iguales. Aquellas eran las fauces que habían ido a buscar, las que habían devorado sus corderos, las que dejaban caer restos masticados del cuello de Gabino. Las garras que sujetaban el farol, porque eso es precisamente lo que eran unos dedos largos y peludos, finalizados en unas interminables y cuarteadas uñas, que dejaron caer el farol que se estrelló contra una piedra que asomaba sobre la nieve. El cristal se quebró y la llama se extinguió indecisa, exhalando un siseo mientras brotaba una leve y retorcida línea de humo que se disipó entre ambos. Fue en aquel preciso instante, mientras el hedor del aliento de aquel monstruo le abofeteaba, cuando comprendió que los corderos que habían huido a través de los robledales no eran el cebo que ese ser había previsto devorar aquella noche.

Aréjula ayudaba a cargar la escopeta y el cubo metálico sobre la espalda de Suso, cuando un grito inhumano desgarró la noche. Incluso las nubes que tejaban el monte crujieron y gruesos copos de nieve volvieron a caer, bailando con una brisa cada vez más gélida. No quedaban aves que salieran volando de entre las ramas de los robles, pero eso no impidió que surgiera el murmullo pavoroso de los muchos animales que ahí continuaban, escondidos en el dudoso cobijo de las ramas más altas. En uno de los árboles, cercano al farol de Gabino, una ardilla se balanceaba nerviosa en lo más alto. De vez en cuando descendía unos centímetros, pero tan cruel y fantasmagórico debía ser lo que observaba a los pies de su enraizado hogar, que pronto corría de nuevo al vaivén de la última y más endeble de las ramas.

Suso giró sobre sí mismo echándose la mano a la espalda, desanudando el ramal con el que Aréjula le había portado con los enseres que debían regresar. Apenas un nudo a medio trazar que se deshizo con suavidad, desparramando el cubo, la escopeta, restos de alimentos y uno de los faroles, por el suelo. De rodillas, tanteó por el lugar donde había caído la escopeta y al palparla la sacó veloz, apuntando hacia el lugar desde el que supuestamente había gritado quién sabe quién. Aréjula, con la rodilla hundida en la nieve, y la culata recostada sobre el hombro, ya lo hacía, fijando el punto de mira sobre el

movimiento de ramas y follaje que preveía la llegada de alguien o algo al claro.

—Con calma, Suso—le pidió sin mirarle siquiera de soslayo—. No vayamos a agujerear a Telmo o Gabino.

—¿Qué ha sido ese grito?—preguntó Suso, asustado.

—No me ha parecido un grito.

—¿Qué era entonces?

—Un aullido—reveló el calvo.

—¿Un aullido?

—Sí.

—¿Estás seguro, parecía un grito?—continuó preguntando Suso.

—Claro que lo estoy, Suso—aseveró—. No es la primera vez que lo escucho en mitad de la noche. En realidad sólo lo he oído una vez en toda mi vida, pero enterré a una esposa después de hacerlo.

Suso imitó la pose de Aréjula a su lado. Sentía los latidos del corazón en el pulgar que acariciaba con deseo el gatillo. Tan sólo el movimiento de la maleza se escuchaba por debajo de los acelerados compases de su corazón. Sístoles y diástoles guiadas en sus cadencias por el más primario de los sentimientos que asolan al hombre: el miedo.

Surgiendo de entre las ramas y la oscuridad del robledal, consiguiendo que la luna lograra iluminar su estampa de terror y agonía, la figura de Telmo avanzó con torpeza, tambaleándose. Era como observar a un púgil demasiado castigado, al que el rival, en un atroz acto de insolencia y crueldad, deja que intente llegar hasta su esquina, para alcanzarle de nuevo cuando apenas le restan un par de pasos. A modo de bastón, se apoyaba en el cañón de la escopeta, hundiendo la culata sobre la nieve. La cara la llevaba cubierta de sangre, y el gabán oscuro

que vestía, mostraba un desgarró a la altura del pecho del que manaba con cierta profusión un viscoso líquido oscuro. La sangre emanaba un blanquecino vaho, que se disipaba veloz gracias a la brisa que barría el claro.

Al verle aparecer Suso se levantó e hizo mención de acudir en ayuda de su amigo. Aréjula detuvo el amago colocándole una mano sobre el brazo, mientras continuaba mirando a Telmo. O puede que mirase por encima de su hombro, a un punto indefinido entre la oscuridad del bosquecillo, donde dos rubís brillaban con toda la fuerza del infierno. De ese lugar lóbrego e irreal, donde nacen todas la leyendas rurales de monstruos y fantasmas, que únicamente creen quienes se los encontraron. Y pocos de ellos sobreviven para continuar con el boca oreja.

Caminaba erguido. Un bípedo a medio camino entre el hombre y el lobo que emergió del bosque caminando detrás de Telmo con calma, ligeramente encorvado. Su lentitud al caminar se debía a la certeza de que la herida infligida al hombre que zigzagueaba ante él, lo convertía en una presa tan sencilla, que no merecía la pena aligerar el ritmo de sus pasos. Además, de ese modo, contemplando una escena que parecía a cámara lenta, tanto Aréjula como Suso experimentarían un terror aún mayor.

Sobrepasaba en no menos de una cabeza a Telmo. Su cuerpo, aunque resultaba notablemente delgado, dejaba entrever bajo el pelaje ocre y gris en el torso, unos músculos fibrosos y trabajados que sometieron con facilidad el debilitado cuerpo de Telmo. Suso y Aréjula, desde el centro del claro no terminaban de decidirse por si debían disparar, aun a riesgo de precipitar el inevitable final de Telmo, o correr a guarecerse del apetito de la bestia. Un hambre voraz y despiadada transformada en ansia, que la bestia saciaba en aquel momento hundiendo sus afilados dientes a la altura del hombro de Telmo, desgarrándole parte

del cuello. Tras hacerlo alzó la cabeza mirando a la luna. La sangre caliente y humeante de Telmo le teñía las fauces y escurría espesa por su cuello humedeciéndole el pelo, apelmazado a jirones. El aullido se extendió por la noche como un relámpago veteando de azul eléctrico el cielo, hasta desaparecer tan súbitamente que sólo el rostro petrificado de Telmo y Aréjula, y el miedo que afloraba en forma de sudor por su piel, podían aseverar que una vez había existido. Que hubo un grito entre humano y animal que convirtió un sosegado y onírico paisaje del monte riojano, en un rincón para la pesadilla, en un lugar donde sólo el terror, la sangre y la muerte tenían cabida. Suso y Aréjula sabían que habían pasado a formar parte de una de esas historias del folclore riojano de los pueblos más remotos y oscuros, que nunca son narrados por sus protagonistas, y que van pasando de generación en generación para asustar a los mocetes y advertir sobre los peligros de unir el rencor de la naturaleza por el hombre que la devasta, con la desconsideración de estos mismos por uno de sus depredadores.

—Voy a disparar, voy a disparar—aseguró Suso, cuando la bestia tras aullar hundía de nuevo sus colmillos sobre el cuerpo laxo de Telmo.

—Es tarde para Telmo—replicó Aréjula, que había dejado de apuntar y miraba nervioso a su alrededor.

A pesar de la advertencia Suso apretó el gatillo y los proyectiles del cartucho centellearon en el resplandor plateado de la noche. El mullido jersey de lana que protegía la desgarrada chaqueta de Telmo recibió los impactos del plomo, protegiendo el cuerpo de la bestia que le seguía devorando. La mitad del cuello y buena parte del hombro habían desaparecido. Y la cabeza, con los ojos muy abiertos y la boca abierta en señal de sorpresa, era sujetada con fuerza por unos dedos retorcidos, oscuros y alargados como sarmientos de una cepa centenaria.

El monstruo, al escuchar el disparo de Suso y ver como la posta se hundía en el cuerpo de su presa, soltó la cabeza, agarró los hombros con las dos garras y lo lanzó hacia el centro del claro. El cuerpo, desmadejado como un espantapájaros tras un vendaval, quedó parcialmente hundido en la nieve a mitad de distancia de uno y otros, en una posición imposible para un cuerpo con rigor muscular. La cabeza quedaba a la altura del muslo, y uno de los brazos se retorció como si fuera de goma, alrededor del torso.

Para cuando Suso quiso volver a apuntar a la bestia, tras observar el brusco vuelo del muñeco que una vez fue su amigo y su vecino en Bobadilla, había desaparecido por detrás de un movimiento de arbustos. Como antes del ataque a Telmo, llegó un momento en que sólo el fulgor rojizo, llameante, de sus ojos, se apreciaba entre la oscuridad predominante en los bosques. Un disparo demasiado complicado, en el que tendría más importancia la suerte que el tino, y tal y como se presentaba la noche, probablemente necesitaran todos y cada uno de los cartuchos. En realidad se podrían considerar afortunados si eran capaces de agotarlos todos. Telmo era un cazador consumado, había ganado en tres ocasiones consecutivas el concurso de tiro de Rincón del Glera, y sin embargo no había sido capaz de apretar el gatillo cuando la bestia le había atacado entre los robles. Sin tener en cuenta a Aréjula, que era el mejor cazador de toda la comarca, sin duda Telmo era el cazador que más piezas se había cobrado en aquellos montes. Un personaje capaz de confundirse con el entorno, de alcanzar a un corzo en plena ventisca, o esperar a que dos codornices se cruzaran para ahorrar un cartucho. Un hombre que sin embargo no había sido capaz de advertir la presencia de su enemigo hasta que había sido demasiado tarde. En realidad puede que hubiera muerto sin llegar a saber qué era lo que estaba pasando, sin

comprender que era la presa del mayor depredador que jamás hubiera conocido la región.

—Es imposible, no puedo acertarle—dijo Suso, antes de que las dos luminarias rojizas de los ojos de la bestia se apagaran, y su posición en el bosque fueran una incógnita.

Aréjula por primera vez parecía desbordado, miraba en derredor con los ojos muy abiertos, redondos como la luna que oteaba divertida lo que ocurría en aquel lugar. Sujetaba con ambas manos la escopeta, apretando los dedos con tanto vigor que los nudillos le blanqueaban.

La nevada siguió aumentando la intensidad de tal modo que apenas acabaron viendo qué acaecía a escasos diez metros de donde se encontraban. Pasados un par de angustiosos minutos, en el que los dos supervivientes giraban en el centro del claro, alrededor del poste en el que anteriormente amarraron a los corderos, se encontraron espalda con espalda, girando en un baile macabro al son de una trágica tonada.

—No podemos estar así toda la noche. ¡Joder, no veo nada!—bramó Suso.

—No aguantaremos toda la noche—aseveró Aréjula—. Si quisiera podría saltar ahora mismo sobre uno de nosotros y llevárselo sin que el otro pudiera hacer nada por evitarlo—añadió, mientras se retiraba la nieve que le cubría el rostro, acumulándose especialmente sobre las huesudas mejillas y las pobladas cejas.

—Tenemos que llegar hasta el carro.

—Si cruzamos uno de los bosquencillos estamos muertos—dijo Aréjula, desechando la idea planteada por Suso.

—¿Qué hostias hacemos entonces?—preguntó Suso, a medio camino entre la duda y la protesta—. Tú mismo has dicho que viviremos lo que esa bestia quiera que vivamos.

—Tenemos que huir por el valle—indicó, señalando con el cañón de la escopeta hacia un punto indeterminado de la copiosa nevada—. Intentar llegar hasta el puente y seguir el río hasta Bobadilla. Si conseguimos seguir vivos al amanecer creo que estaremos a salvo.

—¿Por qué, es que sabes qué es esa bestia?

—Parecía un lobo, pero también un hombre. No, Suso, no sé qué coño es ese monstruo—negó Aréjula, acompañando sus palabras con un ademán negativo de cabeza.

—Ni yo sé dónde está la salida del valle—admitió Suso.

Ambos detuvieron su baile y miraron en busca de algo que les hiciera ubicar su propia posición. La nieve continuaba cayendo con fuerza. Copos gruesos que apenas dejaban ver a través de ellos, pero que afortunadamente extendían la escasa luz que la luna dejaba caer sobre la sierra.

—Creo que es por ahí—dijo de pronto Suso, señalando un lugar en ninguna parte.

Aréjula miró hacia el indescifrable camino que Suso le mostraba. Era incapaz de saber si era la dirección correcta o no, pero ante la imposibilidad de dar con el camino correcto, optó por asentir y empujar a Suso para que siguiera el camino que su intuición había dictado como única escapatoria.

Suso inició la fuga hundiendo las botas con torpeza sobre la nieve, seguido de Aréjula. El camino que Suso había indicado, más por deseo de iniciar la huida que por tener la certeza de ser el correcto, resultó acertado y pronto se encontraron en el desfiladero que entre dos montes, descendía entre espigones y lomas de piedra lisas, que resbalaban como si llevaran pastillas de jabón atadas a las suelas. Antes de que la suerte hiciera que alcanzaran la salida del claro e iniciasen el descenso, les pareció escuchar un nuevo aullido, el más prolongado y desgarrador que hubieran oído en toda su vida. No dijeron nada y siguie-

ron descendiendo, confusos, a ciegas, golpeándose con ramas y piedras, sujetándose entre ellos, ayudándose a levantarse de nuevo cada vez que uno de ellos resbalaba y caía. Eran conscientes de que la desventura que les había tocado en suerte no acababa sino de empezar. Y que su vida, toda su existencia se resumía a aquella noche de intensa nevada y a lo que pudiera ocurrir durante las horas de oscuridad que aún quedaban hasta el amanecer.

De entre los numerosos recodos y cavidades horadadas en la piedra, optaron finalmente por guarecerse durante unos minutos en un guardaviñas¹³ de una finca baldía, que a juzgar por la construcción situada en uno de los márgenes, debió ser antaño una viña. En el interior de la austera construcción apestaba a humedad e inmundicia. Posiblemente muchas de las alimañas que recorrían el valle buscaban ahí cobijo durante las tormentas o las noches más rasas. Y sobre el suelo, una alfombra de excrementos en diferentes estados de descomposición exhalaban un olor tan desagradable que les costó un buen tiempo acostumbrarse a él. Aréjula había deducido que el nauseabundo hedor que desprendía aquel lugar enmascararía el suyo, tal y como habían intentado con las boñigas secas al inicio de la cacería. Aun así, en el interior, apoyados contra la pared más alejada de la pequeña entrada, y bajo un ventanuco por el que se colaban algunos copos de nieve, Suso y Aréjula descansaban sus agotados músculos, con ambas escopetas apuntando hacia la entrada y los gatillos amartillados.

—¿Miguel?—preguntó Suso, en voz baja.

—Muerto, supongo—aventuró Aréjula.

13. Edificación rural de finales del siglo XIX, típica de La Rioja. Construida totalmente en piedra, es una edificación simple que únicamente posee una sola planta de forma circular y una falsa cúpula, con una única entrada de pequeño tamaño y en algunas ocasiones, pequeños orificios que hacían las veces de tragaluces.

—No, digo que tal vez Miguel sea la bestia—matizó Suso.

Las palabras de su compañero de tragedia reverberaron en la cabeza de Aréjula. No había pensado en Miguel en ningún momento, y menos aún había barruntado la posibilidad de que el aniñado Guardia Civil fuera aquel ser inhumano, que había acabado con Gabino y Telmo.

—No lo creo, Suso—negó—. Esa bestia era más alta, no sé, era diferente que ese pobre muchacho.

—¿Conoces a alguien que se parezca a ese monstruo?

—Huyó—dijo Aréjula, tratando de convencerse de la imposibilidad de tal hipótesis.

—¿Y regresó convertido en monstruo?

Aréjula dudó durante unos breves segundos. Sobre su rodilla dormitaba el gorro de lana, que tras horas soportando la nevada y la suciedad acumulada entre caída y caída, chorreaba gotas oscuras y brillantes como las plumas de un cuervo. Posó el arma a un costado, tomó el gorro y lo escurrió retorciéndolo entre las dos manos. Un tenue chapoteo acompañó la lluvia de gotas gélidas que sudó la tela del gorro. Aréjula, tras palpar la humedad fría del gorro, comprendió que llevarlo puesto resultaría peor que no llevarlo, y lo lanzó contra una de las paredes del angosto espacio. Durante unos breves segundos, quizá sólo uno, el gorro permaneció adherido a la pared y luego cayó a plomo sobre una cama de heces secas y paja enmohecida.

—Bueno, me importa una mierda si es Miguel, otro, o si ni siquiera es humano—asintió Aréjula—. Lo único que quiero es llegar a casa.

Como si las palabras de Aréjula que apenas tenían presencia fuera de aquel guardaviñas, hubieran delatado su posición desvelando el escondite, un nuevo aullido restalló en el exterior. No parecía haber sonado cerca del guardaviñas, pero tampoco lo suficientemente lejano como para considerar que

aquel espacio con una única entrada, y por lo tanto, una única salida, continuara siendo seguro. Aréjula agarró de nuevo la escopeta inclinándose hacia un lado, por si la nevada le permitía alcanzar a ver algo más que no fuera la oscuridad y la nieve cayendo. Suso sin embargo apretó con aún mayor fuerza su arma, rezando para que aquello que tuviera que pasar, si así estaba escrito, sucediera cuanto antes.

—Sabe que estamos aquí—dijo un asustado Suso.

—Puede.

—Ese lobo, o lo que sea, nos va a matar—anunció, como si estuviera declamando una gran noticia—. Nos va a matar y se nos va a comer—continuó.

En el exterior la nevada continuaba implacable. Las predicciones que habían dado por hecho que las nieves darían paso a unas lluvias intermitentes, que se llevarían en horas la estampa navideña y nevada del monte, habían errado. De hecho, mucho tendría que brillar el frío sol de invierno o llover en los siguientes días, si quería que la nieve que todo lo cubría alimentara el ya de por sí generoso cauce del Najerilla. Tanto Suso como Aréjula habían pasado muchos inviernos de interminables nevadas. Días y noches teñidas de blanco, condenados a refugiarse en sus hogares hasta que la tempestad amainase y las carreteras volvieran a abrirse al paso de los días. Jamás en todos los años conocidos una tormenta amainó de noche. Como mucho la nieve podía convertirse en lluvia, pero nada más. Era como si la oscuridad fuera quien estrujara con manos lujuriosas las ubres de las nubes, hasta que la luz del día, como un cornudo que regresa al hogar antes de tiempo y hace saltar el cuerpo furtivo por la ventana, replegara esos dedos lascivos hasta que de nuevo la penumbra les diera cobijo y discreción. No, aquella tormenta de nieve no amainaría hasta que el sol

asomara por el horizonte, y para eso aún restaban unas horas, cuatro, cinco, seis como mucho. Pero por pocas que fueran esas horas, con un depredador infatigable al acecho eran demasiadas. Ambos lo sabían. Al igual que sabían que debían abandonar el guardaviñas y enfrentarse de nuevo a todos los enemigos que habían hacinado en su zurrón de malos augurios, la bestia, la nevada y el monte. Imposible resultaba saber cuál de ellos era más implacable.

—Tenemos que seguir—admitió Aréjula, haciendo acopio de fuerzas para reemprender el camino.

Suso asintió con la cabeza.

—Dame un segundo.

—No sé si lo tenemos, Suso.

—¿Crees en Dios, Aréjula?

En la oscuridad del interior del guardaviñas, dos lágrimas gruesas brillaban como diamantes posados sobre los párpados de Suso.

—Sí, creo en Dios—asintió Aréjula—. Te voy a decir más, amigo, creo que todos creen en él de un modo o de otro. Incluso ése al que ves todo el día blasfemando, que jamás pisa la iglesia y que dice que no cree en Dios, incluso él cree—dijo, hablando entre dientes, con una generosa dosis de rabia inyectada en cada una de sus palabras—. No conozco a nadie que cuando piensa en un ser que perdió, le imagine simplemente descompuesto a varios metros bajo tierra—continuó—. No, necesitamos creer que quienes se van lo hacen porque aquí ya han cumplido y les espera algo mejor, y que allí donde están nos esperan, que desde allí donde están nos observan, que desde allí donde están nos siguen amando, al igual que nosotros aquí no hemos dejado de amarles nunca.

¿Qué si creo en Dios? Claro que sí, Suso, y tú también—enfaticó—. Pero no será esta la noche en la que visitemos su

paraíso y roguemos pernocte. La puta mala suerte ya nos ha robado a dos amigos, ahora nos debe un amanecer más, aunque sólo sea uno—finalizó emocionado.

Hacía muchos años que Suso conocía a Aréjula, al pequeño Millancito que le llamaba el párroco don Basilio en su mocedad, y sin embargo no recordaba si alguna vez le había visto llorar. Recordaba el día en que pudo hacerlo, con el sonido de las sogas raspando las manos, mientras cuatro operarios descendían el féretro de Roberta en la tumba. El sol relucía con fuerza, achicharrando las frentes y la entereza. Cientos, miles de lágrimas se secaban con rapidez sobre las mejillas mientras el sacerdote moteaba de agua bendita el sepulcro, y ninguna de ellas era de Aréjula. Era como si en aquel momento se encontrara lejos de allí y hubiera dejado un cuerpo hueco para ocultar su ausencia. A tenor de las palabras que le acababa de escuchar quizá se encontrara en ese lugar donde los sueños se convierten en todo horizonte, despidiéndose entre besos de la única mujer que había amado, prometiéndose un reencuentro cuando no tuvieran otro destino que la eternidad. Puede que así fuera, pero la imagen que dejó desde aquel día era la de un hombre gélido, inmutable. Había incluso quien decía que su aliento no empañaba los cristales. Aunque quizá tan sólo se tratara de una coraza con la que protegerse del dolor, del miedo, de la ausencia. Un escudo que en ese momento comenzaba a resquebrajarse en forma de mirada humedecida y párpados abarquillados por unas lágrimas, cuyo peso debía sentir como si fueran de plomo.

—Pues luchemos por el pellejo—dijo un Suso envalentonado, más por fingir entereza y determinación, que por ganas de echarse de nuevo a la nevada.

Aréjula asintió con la cabeza, se levantó encorvado para tratar

de observar a través de la rudimentaria entrada tanto como la nevada le permitiera, y colocó un dedo sobre el gatillo y otro sobre el inicio del cañón. Suso hizo lo propio colocándose detrás de él, esperando que su amigo emprendiera la huida, la batalla, aquello que tuviera que suceder para que ambos cumplieran un deseo que por simple parecía una quimera. Ver un nuevo amanecer.

—¿Preparado?

La respuesta que obtuvo Aréjula a su pregunta fue un puntapié en la espalda que le hizo caer de bruces, con medio cuerpo fuera del guardaviñas, y un disparo de escopeta que reverberó en el interior de la angosta construcción.

El disparo estalló contra la pared interior y un sinfín de pequeños proyectiles de piedra y plomo salieron despedidos en todas las direcciones. Aturdido, con las manos sobre los oídos que aún castigaba el recuerdo del estallido, Aréjula sentía los hilillos de sangre que le manaban de los lugares donde los pequeños proyectiles se le habían clavado. Tres de ellos en la frente y dos más en una de las mejillas, que dejaban estilizadas estelas de color rubí que sazonaban de un dramatismo extremo a una secuencia que no necesitaba de tal aderezo para resultar agónica.

Se sentó aturdido. El eco del disparo le había provocado un silbido que no le dejaba escuchar nada que no fuera el incesante chillido del eco ya extinguido. Con la torpeza propia de la incomprensión tanteó el suelo hasta alcanzar uno de los candiles, y lo prendió con el mechero que guardaba en el bolsillo. Se introdujo gateando en el guardaviñas y alzó el candil cuando descubrió las piernas de Suso pataleando al aire, a varios centímetros del suelo. Horrorizado, observó como un brazo delgado, fibroso y peludo, se había colado con habilidad por

el único y pequeño ventanuco del guardaviñas, y una zarpa de interminables dedos agarraba con fuerza el cuello de su amigo. Las uñas, curvadas y oscuras, se hundían dolorosamente en la garganta de Suso, haciendo que a cada latido un nuevo borbotón de sangre burbujeara entre los dedos de la bestia, hasta caer chapoteando sobre el suelo.

Superado por los acontecimientos que se estaban llevando a desgarros la vida de Suso, Aréjula giró sobre sí mismo tratando de localizar las escopetas. La suya seguía fuera, parcialmente hundida en la nieve, y la de Suso aún continuaba aferrada entre sus dedos, golpeando la pared de lado a lado, a merced del siniestro baile con el que el movimiento del bestial brazo, hacía agitarse el sumiso cuerpo de Suso. Aréjula se echó la mano al pecho de la chaqueta y comenzó a palpar hasta que sintió el tacto de la navaja que solía acompañarle en sus días y noches de furtivo, para despellejar las piezas. El cerebro aún le funcionaba a medio rendimiento, empleando más recursos en tratar de minimizar el dolor de los cortes de la cara y el pitido de los oídos, que en mostrar alguna destreza a la hora de sacar la navaja y separa la hoja de la cacha. Cuando al fin logró hacerlo pasados un par de atormentados segundos que le parecieron horas, se lanzó contra el cuerpo de Suso tanteando el brazo que le apresaba. En aquella oscuridad no podía atacar a la bestia sin herir a un Suso, que por otra parte, cada vez parecía más alejado de esta vida. Su respiración, que Aréjula sentía sobre la cara como una cálida brisa a punto de extinguirse a merced de la noche, era cada vez más estertórea y pausada.

—¡Aguanta Suso!—bramó Aréjula, haciendo acopio de fuerza y rabia.

Enfurecido, pasó el filo de la navaja entre uno de los dedos de la bestia y la herida abierta en el cuello de Suso, y de un solo tirón en el que empleó la fuerza de su brazo y la de su

cuerpo echándose hacia atrás, sesgó completamente el índice de la garra.

El aullido de la bestia fue tan brutal que Aréjula creyó que simplemente con el sonido de aquel alarido podía venirse abajo toda la construcción. Con la misma destreza que había mostrado para colarse y asir el cuello de Suso, el brazo de la bestia salió del guardaviñas dejando una cortina de pequeñas gotas rojas dibujando un arco en el cielo. El corte había sido tan certero que antes de que el monstruo se hubiera dado cuenta de las intenciones de Aréjula, ya le había separado el dedo de la garra.

El candil había caído a un lado y Aréjula lo recolocó junto al cuerpo de Suso. Era un hombre fuerte, capaz de guiar a los bueyes a base de empujones en los cuartos traseros, o hincar él solo varios celemines de chopos. Un hombre rudo y recio que se aferraba a la vida incluso en un momento como ese, en el cual cada latido, cada soplo de aire que lograba llevar a duras penas a sus pulmones, era poco menos que un milagro.

Aréjula recostó la cabeza de Suso sobre sus rodillas y le apartó los mechones de pelo color ceniza que le caían sobre la frente.

—Aguanta Suso—casi le imploró—. Te aseguro que allí donde vas todo es mejor, nada duele.

Si hubiera podido sonreír, sin duda Suso lo hubiera hecho, pero ya no era capaz de controlar ni el más dócil de sus músculos.

—Si ves a Roberta, dile que me espere, que no tardaré.

Suso no llegó a escuchar el final de su triste petición. Su mirada se agrisó en segundos y las manos se abrieron sumisas, como si a través de las palmas desnudas tuviera que liberarse el alma.

Aréjula agachó la cabeza apesadumbrado y descubrió el dedo que le había arrancado a la bestia del cuello de Suso. Sin embargo ya no había rastro del vello pardo que lo cubría.

Las uñas se habían retraído hasta una posición humana, y su aspecto ligeramente rosáceo, invitaban a pensar en la piel de un hombre. Lo tomó y lo examinó con calma, se trataba de un dedo sumamente suave, joven.

—Maldito hijo de puta—farfulló entre dientes, agarrando la escopeta de Suso—. Miguel, te voy a matar.

En un arranque de ira y determinación Aréjula asomó de nuevo al exterior, escopeta en ristre. Como si abogara por primera ocasión por un duelo más igualado, la nevada había dado una tregua y la luna de nuevo podía bendecir el duelo con su espectral y argéntea claridad. Esperaba el calvo encontrar a la bestia fuera, tal vez de nuevo con el cuerpo de Miguel tal y como no habían sabido descubrirla, así sería más sencillo descerrajar un disparo que pusiera fin a una noche de pesadilla. Lo que no esperaba sin embargo el cazador, era que la bestia le aguardara aferrada a la cúpula del guardaviñas, y que desde allí y aun con la garra mellada, lograra desarmarle de un solo mandoble. La escopeta salió disparada hacia un lado, justo hacia donde seguía dormitando la suya. Mientras que su dolorido cuerpo fue a parar hasta una piedra, que le molió los huesos y el ansia. Aréjula se dobló sobre sí mismo recogiendo sobre el vientre, mientras el ser, mitad lobo, mitad hombre, se acercaba a él dejando que una espesa y blanquecina saliva se deslizara entre sus colmillos.

Convencido de que pronto tendría a Roberta de nuevo entre sus brazos tras una larga y en ocasiones tortuosa espera, Aréjula se recostó sobre la piedra, esperando sentado a que el espeluznante ser tuviera a bien secarle el pozo de los latidos, tal y como había hecho con el resto de cazadores.

—Acaba ya, hijo de puta—le escupió mientras se pasaba una mano por el rostro, extendiendo la sangre que le caía en

forma de hilos por la frente y la mejilla—. Llegaran más días de caza, más cazadores, llegará el día en que seas cordero y no lobo.

Lo último que alcanzó a ver Aréjula fue a la bestia acercándose a él lentamente, con los largos brazos caídos al costado y la espalda encorvada, sabiéndose victoriosa. A lo lejos, como si llegara de otro mundo, escuchó una voz de mujer que emergía desde las tinieblas de lo olvidado. Le costó desenmarañar los nudos que forja el olvido alrededor de aquello que una vez fue más necesario incluso que el aire. Era la voz de Roberta, pero no escuchó de sus etéreos labios lo que creía que escucharía, en realidad ella le decía que aún no había llegado el momento, que nada es lo que parece y aún le quedaba un último grito que ahogar entre sollozos.

La bestia se inclinó sobre los brazos y acercó su cara a la de Aréjula. La tuvo tan cerca que podía sentir el aliento fétido de la bestia, un olor ácido a bilis que de no haber estado al borde del desmayo, le hubiera provocado una arcada. La fiera colocó una zarpa sobre la frente de Aréjula y la fue descendiendo lentamente, acariciándole el rostro, haciendo que los ojos de Aréjula se cerraran con el anhelo de un descanso eterno. La bestia gruñó en un ronroneo y todo se volvió oscuro e indoloro.

A veces la lluvia es tan fina que en lugar de calar, besa. De ese modo despertó Aréjula pasadas las horas, con los frescos labios de una fina y débil lluvia recorriéndole el rostro.

Se sentía aterido, más por la quietud que por el frío. Los ojos, soñolientos tras unos pesados párpados con los que a duras penas pestañeaba, recibían la luz del amanecer como un severo castigo para el que no estaban preparados.

Estaba vivo. Pero no era el haber sobrevivido a la noche lo que más sorprendía a Aréjula. Ni siquiera cuando aún sentía el olor del pelo de la bestia en su ropa, en su propia piel. Lo que hizo que la incomprensión le abrazase como un padre a un hijo, era haber despertado a apenas quinientos metros de Bobadilla, cerca de “Puente mocho”, un puente de piedra derruido a medio paso, donde los jóvenes de la villa retaban a las frías aguas en los tórridos meses veraniegos. A muchos kilómetros de donde había sido derrotado por el cansancio y el deseo de una muerte rápida, había despertado apoyado en uno de los muros de la presa, protegido por el techo que formaban algunos arbustos de denso follaje. Le costaba creer que hubiera sido la bestia quien le hubiese llevado hasta allí, dejándole vivir después de haber acabado con la vida de todos sus compañeros de caza. No, a la fuerza debía haber un motivo que aún se le escapaba, pero que el susurro de Roberta desde el más allá había vaticinado como un último grito y

un último llanto. Quizá no había sobrevivido a la noche, y aquellos minutos, puede que horas, sólo eran la moratoria de un condenado a muerte que pasea sobre el cadalso, mientras los carceleros tratan de reparar la silla que ha de electrocutarle. Se reincorporó completamente y apoyándose en todo aquello que encontraba se encaminó hacia la cercana carretera. La lluvia cumplía con su labor retirando la nieve de la calzada, y el ruido de motores atronaba a lo lejos; probablemente tractores y algún coche de la Benemérita, que trataba de volver a hacer transitable el asfalto.

Los latidos le hacían temblar las venas de la sien. Las pequeñas heridas de la cara apenas le dolían. El dolor había sido reemplazado por un escozor que le recorría el rostro por completo, como si le hubieran pasado un ramillete de ortigas de lado a lado. Sin embargo el antiguo agotamiento parecía concederle una tregua, lo que evidenciaba las horas de descanso de las que había gozado. Qué era lo que había ocurrido con la bestia, y cuál era el motivo para que no hubiera corrido la misma suerte que Gabino, Suso y Telmo, era todo un misterio.

La lluvia resultó ser un obstáculo tan molesto como la nieve y la oscuridad. La luz del amanecer hacía que pudiera guiar con certeza cada uno de los pasos, pero la forma en que la lluvia transformaba la nieve en hielo, antes de derretirla por completo, convertía cada paso en toda una prueba de equilibrio. Prueba que no en todo momento solventaba con éxito. Cada vez que caía y colocaba las manos en el suelo para impedir el golpe, comprendía que sus músculos y huesos aún guardaban el recuerdo de la batalla, sin duda perdida. Además, la carretera a la que accedió desde el puente no era la principal, por lo que aún le quedaba un largo tramo hasta acceder a un lugar donde poder ser rescatado. Porque una cosa era que algo —deducía

que la bestia, pero era incomprendible— le hubiera acercado a su pueblo salvándole de una muerte segura por congelación en el monte. Pero otra muy distinta era que se encontrara con la fuerza suficiente como para llegar hasta el pueblo bajo la lluvia, herido y con la cabeza llena de sangrientas y tortuosas visiones que tardaría en quitarse de la cabeza. Al menos mientras estuviera despierto, porque en sus sueños podían morar como pesadillas hasta el fin de sus días.

Tras una hora de caídas, pausas para recuperar el resuello y momentos de cuasi rendición, Aréjula alcanzó el cruce de carreteras que llevaba a la vía principal. Una carretera que unía Nájera con el Monasterio de Valvanera, y que era la única que se molestaban en limpiar tras las tormentas. Algo que indignaba a los pequeños pueblos como Matute, Tobía, Villaverde o Ledesma, que quedaban a ambos márgenes. Allí, en la carretera principal, logró caminar hasta una pila de pequeños tueros de encina que descansaban a un lado de la carretera. Probablemente eran la carga de algún camión que a mitad de trayecto se había visto sorprendido por el temporal de nieve. Con el peso de la carga sólo hubiera conseguido hundirse y quedarse encallado y aislado, así que seguramente el camionero prefirió abandonar la leña ahí, sabiendo que en el preciso instante en que las carreteras fueran de nuevo transitables, la preciada madera alimentaría las cocinas de familias de algún pueblo cercano. Aréjula se sentó sobre la pila cerca de la carretera, balanceándose como si fuera un borracho tras una larga noche, incapaz de regresar a casa.

Los segundos dieron paso a los minutos, y éstos se transformaron en dos largas horas, hasta que a lo lejos observó llegar un pequeño camión verde, el que empleaba la Benemérita para patrullar las noches de tormenta. Mientras lo veía acercarse,

Aréjula dudaba si era real o uno de esos espejismos que rondan como buitres encelados a quien está cerca del deceso. Cuando dos jóvenes uniformados saltaron desde la cama del camión, y le protegieron con una manta de la constante lluvia, la esperanza de tal vez sobrevivir más de lo que había imaginado le acarició el alma.

—Aréjula ¿Dónde están los demás, y Miguel?—preguntó uno de los guardias, mientras le ayudaba a subir al camión.

—Muertos—musitó él, antes de desplomarse sobre la madera de la cama del camión, y volver a ese mundo onírico llamado descanso, en busca de un sueño que siguiera reparando un cuerpo exhausto y una mente atormentada.

Los dos guardias se miraron a los ojos.

—Ha dicho muertos—anunció uno de ellos, como si el otro no hubiera sido capaz de escucharlo.

—Ya le he oído.

—¿Miguel ha muerto?—preguntó el más alto de ellos.

El otro se encogió de hombros.

—Y yo qué hostias sé. Eso ha dicho—replicó.

El alto avanzó hasta la cabina y golpeó el cristal que separaba la cama de la cabina de conducción. El cristal se abrió y un nuevo benemérito, no mucho mayor que los dos que acompañaban a Aréjula, asomó la cabeza.

—¿Qué pasa con Aréjula, Ginés?—preguntó el conductor.

—Que dice que los demás están muertos—contestó.

—Lo llevamos a que vea al sargento, mala hostia va a coger, nadie sabía que había mandado al Miguel con estos tipos. Ya me olía yo algo así. Agarraros que doy la vuelta—anunció antes de cerrar la ventana e iniciar el anunciado giro.

—Agárrate, Silverio, que nos volvemos al cuartel, a ver qué dice el sargento.

—El sargento Lizarraga estará en Bobadilla, en la bodega

de Artemilo, dándole a la cazalla—puntualizó Silverio, mientras sujetaba la cabeza de Aréjula entre sus piernas.

Ginés golpeó de nuevo el cristal y, tras frenar el chófer, detuvo el camión y se asomó una vez más por la ventanilla.

—A Bobadilla—ordenó Ginés—. Dice Silverio que el sargento está en la bodeguita de Artemilo.

El conductor asintió con la cabeza y tomaron la carretera de regreso a Bobadilla. De vez en cuando Ginés colocaba la palma abierta sobre la boca de Aréjula. Si no hubiera sido por el leve halo de calor que la respiración del calvo exhalaba sobre la mano, hubiera jurado que estaba muerto.

Román se vistió con calma, cubriéndose con las primeras prendas que encontró tiradas por el cuarto. Apenas una camisa de franela a cuadros verdes y rojos, unos pantalones de pana claros, las botas que acostumbraba a calzarse los meses fríos y un abrigo pardo, con el que ocultó la desastrosa combinación de colores. Se enfundó unos guantes de lana negros y descendió hasta la planta baja de la casa, donde paciente, le aguardaba Ginés, un guardia joven, que había sido uno de los que acaban de localizar a su padre.

Al ver descender a Román con su habitual pose de beodo trasnochado torció el gesto.

—Vamos, tu padre estará deseando verte—le instó mientras abría la puerta de entrada a la casa, y salía al exterior.

La lluvia había cesado, y la nieve que no había sido desarmada por su insistencia permanecía sobre tejados, ramas y carros, con ese aspecto de hielo carcomido que precede al deshielo. Un gato rechoncho y de pelaje atigrado caminaba por entre los montículos de hielo, sigiloso, acercándose a un pequeño gorrión que picoteaba unos granos de trigo que tras la retirada de la nieve, habían aparecido junto a la harinera. Cuando estaba a punto de preparar el salto sobre la presa, Román, que salía de su casa cerró la puerta de golpe. El portazo hizo que el gorrión emprendiera raudo el vuelo, no sin antes haber cerrado el pico alrededor de un par de granos. El

gato maulló enfurecido y se retiró derrotado, escuchando el grotesco canto de su hambriento estómago.

—¿Cómo está?—preguntó Román a Ginés iniciando el breve camino hasta el barrio de las bodegas. Mostrando por primera vez desde la noticia del encuentro, un interés real por el estado de su padre.

—Jodido, aunque se recuperará—contestó el del tricornio. Román asintió con la cabeza.

—Pero delira, y eso no sé cómo se cura—añadió.

—¿Delira?

—Dice que les atacó una bestia que ni era lobo, ni era hombre, pero tenía mucho de cada uno—le explicó con todo un repertorio de ademanes, con los que trataba de representar, no muy acertadamente, unas enormes garras y unas fauces filosas y agresivas—. Hasta dice que esa bestia es Miguel—añadió—. No sé si conoces a Miguel, el de Haro, pero si lo vieras ya sabrías que es imposible que ese tontainas sea un monstruo—finalizó con determinación.

—¿Los demás?

Ginés se encogió de hombros abriendo las palmas de las manos.

—¿Estás bien?—le preguntó esta vez Ginés al hijo de Aréjula, que mostraba un aspecto descuidado, cansado y pálido, casi cerúleo.

—Sí, bien, estoy bien—asintió.

—Hay que cuidarse, Román. ¿Te acuerdas de cuando éramos chavales y nos bañábamos en el río y espiábamos a la Teresita y a la Milagros? Tenemos que volver a hacer cosas de esas aunque ya seamos hombres, pasar más tiempo juntos. A ver si consigo que dejes el vino y los vicios.

—A ver—respondió Román lacónico, más por deseo de cerrar una conversación que detestaba, que por ganas de visitar

las aguas del Najerilla con aquel tipo escuálido, más preocupado en afilar su bigote con fijador, que en cumplir con los deberes que se le suponían al cargo.

Cuando alcanzaron la pequeña bodega de Artemilo no menos de una veintena de vecinos se agolpaban en el exterior entre murmullos y miradas de soslayo. Entre ellos, gimoteando por la más que presumible muerte de los acompañantes de cacería de Aréjula, se encontraban las familias de los desaparecidos, que trataban de ver qué era lo que ocurría en el interior de la pequeña bodega con el único superviviente. Un cortejo de una docena de jóvenes beneméritos formaba un endeble cordón alrededor de la entrada, que ningún vecino osaba a traspasar si no deseaba ser devuelto a culatazos al otro lado. Al ver acercarse a la extraña pareja que formaban Ginés y Román, el cordón se abrió y el hijo del cazador traspasó el umbral de la bodega. Ginés, que se unió al grupo de compañeros que habían improvisado en la bodega un singular cuartel, se despidió con una amistosa palmada en el hombro que Román ignoró por completo.

En el interior de la bodega apenas habitaban cuatro personas sumidas en un silencio espeso y plomizo. Joseba Lizarraga, el sargento, se había despojado de su arma reglamentaria, así como del tricornio y la capa, que descansaban sobre la mesa. Caminaba en círculos, mesándose las sienes donde el pelo blanco le raleaba. Artemilo, el anciano dueño de la bodega y amigo del sargento, servía un vaso de caldo que le extendió a Graciano, otro amigo que sentado al costado de Aréjula, le pasaba amistoso el brazo por encima de los hombros. Aréjula recogió el cuenco humeante con dos manos, y tras observar la quietud del caldo y el humo que ascendía de él durante unos breves segundos se regaló un cálido sorbo que estuvo a punto

de quebrarle los resecos labios.

—¡Me cago hasta en el alcalde de Villalabruma de los Tilos, Aréjula, no me jodas, cómo voy a creerme que a nuestra gente se los ha comido un monstruo!—bramó Joseba sin dejar de dar vueltas por el reducido espacio.

Aréjula devolvió el cuenco a Graciano, y éste, a su vez, se lo extendió a Artemilo que lo recogió consternado.

—Pues es lo que ha pasado, lo juro por mi corazón—respondió Aréjula en voz baja.

Román miró a su padre. Le costó reconocer en aquel amasijo de dolor y lágrimas al hombre terco, musculoso y decidido que había sido hasta tan sólo un día antes. Cabizbajo, con la mirada perdida en el suelo, como si la respuesta a todos los interrogantes abiertos se encontrara en el serrín diseminado por él, del que asomaban colillas, chapas de refresco y palillos húmedos, Aréjula no observó la llegada de su hijo a la bodega hasta que Román le habló con voz melosa, edulcorada por el deseo de alivio para su padre.

—Padre—dijo, reclamando su atención.

Aréjula alzó la cabeza. Al verle allí, frente a él, los ojos se le arrasaron en lágrimas. Hasta los labios, ligeramente bezudos, le temblaron mientras ensayaba las palabras con las que trataría de enunciarle su hallazgo; la bestia que había estado buscando durante años. Una búsqueda que había abarcado su vida desde la muerte de Roberta de tal modo que ya no recordaba nada anterior a ella. Incluso el recuerdo de la esposa arrancada del costado era difuso en comparación con el anhelo de venganza.

—Era él, Román, es la bestia que mató a tu madre—anunció con vehemencia.

—¡Coño, y por eso es del todo imposible que sea Miguel!—bramó el sargento Lizarraga—. ¿Cuántos años tendría

Miguel por aquel entonces, si ahora todavía es un puto gurrumino?—argumentó a modo de interrogante.

—Padre—repitió Román, incapaz de encontrar las palabras adecuadas para un momento como aquel.

Artemilo volvió a ofrecer el cuenco de caldo a Aréjula, pero él lo apartó con una mano mientras se levantaba y caminaba con pasos dubitativos hacia su hijo. Se encontraba moderadamente recuperado, pero el miedo a que las piernas le fallaran hizo que caminara con una mano sobre la mesa, abarrotada por restos de la cena del día anterior, el arma y las ropas de Joseba y un sinnúmero de aperos de labranza, herrumbrosos y con los filos gastados.

—Vamos a casa, padre—le pidió en un tono que sonó a súplica.

—Cómo cojones te lo vas a llevar, cuando aún queda saber qué ha pasado con el resto. Os recuerdo que además de mi Miguel, este hombre dice que Suso, Gabino y Telmo están muertos—protestó el sargento.

—Vamos, Joseba—replicó Artemilo—, que es Aréjula. Si hay un hombre sincero y valiente en este pueblo, es él.

—Un valiente que dice que un monstruo ha matado a tres hombres, y a él le ha traído al pueblo mientras dormía. ¡Venga, no me jodas, Artemilo, que eres viejo pero no estás aún para chochea!

Ignorando la conversación surgida a su alrededor y de la que era principal protagonista, Aréjula llegó hasta la altura de su hijo y le acarició la cara con la mano que no se aferraba a la mesa. Sintió su piel pálida moldearse con los dedos. Sudaba. Era ese sudor frío que bendice los amaneceres tras una jornada nocturna de vino, cerveza y tabaco, todo ello en exceso.

—¿Tú me crees?

Román dudó durante unos segundos, pocos.

—Le creo, padre—afirmó—. Vamos a casa—le imploró de nuevo.

Aréjula sonrió complacido. En aquel momento, tras la pesadilla que había vivido en el monte, y las dudas sobre su inocencia que crecían a su alrededor como hongos en una noche húmeda, la cercanía de su hijo se le antojaba un oasis de paz en mitad de la batalla. Le palpó los hombros con las dos manos, y le fue acariciando los brazos con los dedos descendiendo hacia las muñecas. A pesar del tallo flaco en el que la mala vida le había convertido, aún sentía el poso del niño atlético que fue, y que se empeñaría desde ese momento en que pronto regresara. Dispuesto a volver a casa con Román a pesar de las reticencias de Lizarraga, Aréjula tomó las manos de su hijo y las apretó contra su pecho con rabia. Quería que sintiera que su corazón latía por y para él.

Sin embargo al hacerlo y ver la expresión dolorida en el rostro de Román, que se contrajo en una punzante mueca y la flacidez de uno de los guantes, comprendió que en realidad puede que estuviera equivocado, que siempre lo hubiera estado. Agarró con ambas manos uno de los guantes de su hijo, y tirando de los dedos fue desnudándole la mano hasta que quedó al descubierto, iluminada por la luz rojiza que se colaba a través de uno de los ventanales circulares de la bodega. Donde debía tener el dedo índice, un doloroso muñón renegrido en el que comenzaba a formarse una desigual capa costrosa, evidenciaba la reciente y brusca amputación.

Aréjula, confundido, caminó de espaldas hasta que dio con la mesa y cayó sentado sobre uno de los bancos que la rodeaban. Román sujetó con fuerza la piel que rodeaba al pequeño muñón. Como si de repente hubiera recordado el dolor que le infligía la herida.

—Padre—musitó Román.

—Tú.

—Vamos a casa—suplicó.

—Tu madre...

—No siempre puedo controlarle—se defendió—. En realidad pocas veces puedo hacerlo, muy pocas—acentuó.

Aréjula miró a su hijo con detenimiento. Trataba de encontrar en sus suaves y castigados rasgos algo que le recordara al niño que un día fue. Aquel niño de mirada alegre y carcajada fácil que aprendió a montar en bicicleta detrás de la harinera, que cazaba goloritos para escucharles cantar continuamente en su habitación o que juraba que algún día tendría la bodega más grande de la comarca. Por mucho que se esforzara no encontraba nada que le recordara que era su hijo. En aquel instante sólo podía ver a la bestia que le quitó a Roberta, a la mujer que lo había supuesto todo para él. Todo.

Con un movimiento felino y ágil que ninguno de los presentes hubiera aventurado a juzgar por el deplorable aspecto que mostraba, Aréjula se lanzó sobre la mesa, rodó sobre ella y se hizo con el revólver del sargento. Antes de que ninguno de los presentes pudiera hacer nada, ni siquiera los beneméritos jóvenes que entraron atropelladamente alarmados por los gritos aterrados de Artemilo y Graciano, Aréjula amartilló el arma, apuntó a Román y apretó el gatillo sin mayor dilación. Segundos después el disparo era correspondido por las armas de los guardias, que hicieron que el cuerpo de Aréjula quedara postrado sobre la mesa, sobre una creciente balsa de sangre, que se fue extendiendo hasta caer al suelo, empapando el serrín.

Los disparos de los guardias, cuatro certeras balas, decoraron el pecho de Aréjula con otros tantos agujeros que se continuaban hasta la espalda. Apenas aletearon un par de veces sus

fosas nasales antes de enmudecer, y llevarle a un reencuentro mil veces soñado.

Román había corrido idéntica suerte. El único disparo realizado por su padre le había entrado por el ojo izquierdo, saliendo de nuevo por la parte superior del cuello. Su rostro, cubierto por una amalgama de sangre y serrín, en lugar de mostrar sorpresa o terror, evidenciaba cierta paz. Era como si una fracción de segundo antes de que su padre apretase el gatillo hubiera comprendido el sentido de la vida y la verdad de la misma. O quizá, quién sabe, aquel gesto sereno presagiaba un conocimiento que a todos allí se les escapaba

Fuera como fuese, minutos después las campanas de la Parroquia de San Juan comenzaron a tocar a muerto. Un replique tétrico y quedo, que inundó el pueblo de llantos y cuartillos cerrados.

En los días siguientes mucho se habló de Aréjula y su hijo Román, de los desaparecidos Suso, Gabino y Telmo, incluso de Miguel. Sin embargo con el paso del tiempo la historia cayó en ese profundo pozo donde escondemos aquello que nos avergüenza o nos da miedo. El pueblo continuó con el lento y cadencioso trajín del anodino día a día. Un día a día aburrido y con tan solo una certeza escrita sobre su historia: lo que no se habla, no duele.

IVIOLENTA MATANZA EN BOBADILLA!

Ayer, día 14 de febrero, en la apacible localidad de Bobadilla se produjo un trágico hecho que marcará la historia de la villa del Najerilla. Millán Aréjula Santolaya, nacido en Pradoluengo y vecino de la localidad, asesinó a su hijo Román Aréjula de un disparo, ante la presencia de miembros de la Benemérita que no dudaron en abatir al asesino.



El ganadero bobadillejo un día antes había iniciado una cacería furtiva en los montes de Anguiano en compañía de otros tres vecinos de la localidad: Suso Antoñantes, Telmo Nodal y Gabino Moreno. Ninguno de los tres hombres de bien que acompañaron al asesino al monte regresaron al amanecer.

El sargento de la Benemérita destinado a la casa cuartel de Baños de Río Tobía, don Joseba Lizarraga, en declaraciones hechas al redactor que firma este artículo, afirmó que se tiene la seguridad de que, enajenado, Millán Aréjula acabó en el monte con la vida de sus vecinos, para después regresar a la villa con una fantástica e increíble historia sobre un ser monstruoso. Para poco después asesinar a sangre fría a su propio hijo, creyendo, al parecer, que se trataba del propio monstruo.

Se permanece a la espera de que el monte se despeje completamente tras la tempestad de nieve, para tratar de rescatar los cuerpos de los desdichados y supuestamente asesinados vecinos que no regresaron de la cacería.

Roberto Arranz Landeras

Corresponsal del diario en la Sierra de la Demanda.

LADRONES DE CUERPOS PROFANAN EL TANATORIO DEL HOSPITAL DE SAN MILLÁN



Fuentes bien informadas del hospital de San Millán de la muy noble villa de Logroño ha informado a este periódico de la desaparición de uno de los cuerpos de "La matanza de Bobadilla". En concreto el cuerpo que parece haber sido sustraído es el del hijo del asesino y última víctima de la matanza,

Román Aréjula, que a falta de un examen más minucioso, falleció a causa de un disparo que le atravesó la cabeza a la altura del ojo izquierdo.

La policía de Logroño teme que este tipo de actos, incomprensibles y macabros, puedan ponerse al orden del día en la capital de la provincia, y que detrás de estos hechos estén grupos de jóvenes que, satanizados por la influencia de las nuevas músicas inglesas, estén cayendo en los influjos de sectas demoníacas. A consecuencia de este acto y para evitar futuros robos de cadáveres, se reforzara la vigilancia tanto en el tanatorio del hospital, como en los cementerios más alejados de los centros urbanos.



Juan Manuel Sáinz Peña
Corresponsal en Logroño

MILAGRO EN VALVANERA!

El Monasterio de Valvanera que rinde honores a la patrona de todos los provincianos ha vivido un nuevo milagro. Otro motivo para creer en las bondades y protección que nos brinda a todos la señora de Valvanera.



El joven miembro de la Benemérita, Miguel Vega Campo, que se encontraba en paradero desconocido desde la tormenta, ha sido rescatado en los robledales cerca del monasterio, por dos hermanos de la congregación que ocupa el referente religioso de la región. Aún es pronto para saber qué era lo que hacía el joven guardia en los montes, y su estado, que algunas fuentes tildan de demencial. Su sargento, el prohombre Joseba Lizarraga, exultante de alegría por el hallazgo, prometió que se darán más explicaciones cuando el joven recupere la cordura. Pero



que el simple hecho de haber sobrevivido durante varios días en mitad de una tormenta y en uno de los paisajes más salvajes de la provincia, debe considerarse como lo que es: un milagro. "¡Que la Virgen nos siga amparando!", gritó el pío sargento mientras se persignaba en no menos de tres ocasiones, delante de quien esto firma.

Roberto Arranz Landeras

Corresponsal del diario en la Sierra de la Demanda.

LOBOS EN AÍNSA



Tras muchos años sin que uno de ellos osara acercarse siquiera a términos de caza, un lobo asola las cuadras de Aínsa. Según los vecinos de la pequeña villa oscense es la tercera visita del hábil lobo en lo que va de mes. Unos ataques nocturnos y seleccionados, ya que no ataca dos veces el mismo establo, en los que ha devorado un caballo, dos

corderos y varias aves de corral.

Se da la extraña circunstancia de que aunque nadie ha visto nunca al lobo, ni han podido prevenir sus ataques por más trampas que han colocado, hay un vecino de la localidad que afirma haber sido testigo de la entrada del animal en uno de los corrales. El testigo en cuestión es Roque Gil Navarro, famoso en la localidad por los excesos con el vino. La descripción que hizo el famoso borrachín fue la de un lobo que andaba sobre dos piernas como si fuera un hombre, y tenía una boca enorme y agresiva. Tan cerca dice que lo tuvo, que pudo rescatar dos detalles del dudoso lobo. El primero de ellos es que le faltaba una garra en una de las zarpas. El segundo detalle es que el animal era tuerto.

El sereno de Aínsa asegura que no hay que hacer caso de tan dudoso testigo, y que se velará por la seguridad de los vecinos y sus animales, organizando una cacería que ponga fin a las correrías del esquivo lobo.



*Juan Carlos Calvo Calvo
Corresponsal en Aínsa*

TÍTULOS DE LA COLECCIÓN

1. *El breve verano de Nefertiti*. Hiber Conteris..... 1994
2. *El viaje*. Pura Azorín Zafrilla 1995
3. *Gato por liebre*. Eduardo García Pérez 1996
4. *La tercera vez*. Pilar Bellver..... 1997
5. *El farero de Sheringham*. Óscar Montero 1998
6. *La noche de Gulliver*. Elena Alemany 1999
7. *La piel que te hice en el aire*. Rafael Marín 2000
8. *Los mejores años*. Andrés Pérez Domínguez..... 2001
9. *El tren*. María Vila 2002
10. *Viento divino*. F. Javier Pérez Fernández..... 2003
11. *Las fauces del diablo*. Francisco José Jurado 2004
12. *El cornezuelo de cola azul*. José Antonio Palomares 2005
13. *Lo que esconde el cuadro*. Beatriz Olivenza Bernardo..... 2006
14. *Las cifras mandan, Balboa*. José Antonio Palomares 2007
15. *El fantasma de John Wayne*. Jaime Molina García 2008
16. *La joven del estanque*. María Luisa del Romero 2009
17. *La podredumbre y el mar*. Adolfo Muñoz Palancas 2010
18. *Los hijos de las sombras*. Iban Munárriz Vega 2011
19. *400 ASA*. Daniel Luna 2013
20. *Kilómetro treinta*. Rafael Serrano Bello 2014
21. *Corderos*. Ernesto Tubía 2015

Este libro se terminó de imprimir
el 7 de Enero de 2016,
en los talleres de Yeclagráfico.